





POESIAS

ESPINAS Y FLORES

Heraclio S. Viteri

1904



1933

24 28 pp \$5.906

Tit m: 3345

1808 JE



ESPINAS Y FLORES

ju Sig.: 1808 IE
Tit.: Poesías : espinas y flores
Aut.: Serrano Viteri, Heraclio
Cód.: 51042249



R^o 902.

POESÍAS

ESPINAS Y FLORES

POR

HERACLIO S. VITERI



SEGOVIA

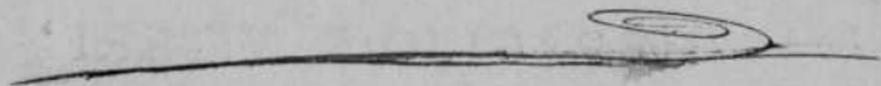
IMPRESA DEL SUC. DE ALBA

Plaza de Alfonso XII, núm. 14, y Plaza Mayor, 28

1904



Es propiedad. Todos los
ejemplares llevarán el sello
y rúbrica del autor.



AL

SEÑOR DON FRANCISCO BRAVO Y NAVARRO

OFRECE ESTE LIBRO EN TESTIMONIO DE CARIÑOSO
AFECTO Y AMISTAD SINCERA,

El Autor

AL LECTOR

Costumbre muy generalizada es la de que, cuando un escritor novel publica una obra, vaya ésta sólo precedida de un prólogo suscrito por conocidos literatos cuyo nombre es bastante garantía de que el libro que al público se ofrece, es aceptable.

Acaso ninguno tuviera más necesidad que yo de esa garantía, que no me hubiera sido difícil encontrar, á haber recurrido á alguno de los buenos amigos, que, en continua lucha, supieron conquistar un nombre en el campo de la literatura, y estoy seguro que no me hubieran negado esa merced, ya que me conceden otra mayor: la de cultivar su amistad; pero, como mis humildes composiciones, por una parte, no iban á adquirir mayor

grado de bondad, porque un literato las patrocinase elogiándolas, inmerecidamente tal vez, en un bien pensado y mejor escrito prólogo; y por otra, el haber trabado ya amistosas relaciones con el público, cuando hace unos años, fuí á él presentado por el sabio maestro y malogrado y querido amigo D. Andrés Piles é Ibáñez en mi primera obra literaria, me han decidido á no molestar á nadie y presentarme solo con este libro á tan respetable censor, en cuya benevolencia fío y de la que recuerdos gratísimos conservo.

Esta obra, pues, la presento huérfana de protector, circunstancia que tal vez haga que el lector la mire con más cariño y la atienda con más solicitud.

* * *

Y, esto dicho, paso á confesarme con el lector, quien, para que no dude de mis palabras, bueno será que sepa que la ruda franqueza me caracteriza, á fuer de castellano.

La mayor parte de las poesías que en este libro figuran, han sido escritas desde los catorce á los diez y nueve años, razón por la cual no estoy en la creencia de que encierren pensamientos grandes y exquisiteces bellas, antes por el contrario, estoy seguro de que adolecen de natural desaliño y falta de corrección; pero no he querido corregirlas, prefiriendo ofrecerlas al público casi como las escribí por vez primera, porque cada poesía es una página de mi vida de adolescente: un ¡ay! de dolor ó de alegría escapado de pecho triste ó alegre: porque en ellas está retratada mi alma, como el sol en la tranquila superficie de un arroyo cristalino.

Varias de las poesías que aquí se insertan, han sido publicadas, ya en la Revista que fundé y dirigí algún tiempo, ya en otros diversos periódicos, y algunas merecieron de otros colegas los honores de la reproducción.

Titulo ESPINAS Y FLORES á este libro,

porque abrigo el recelo de que, entre las composiciones que aquí figuran, han de encontrarse más *espinas* que *flores*.

Y hecha esta sincera y última advertencia, dejo la pluma, para poner el libro en manos del lector que sabrá apreciar en cuanto vale mi franqueza y disimular los lunares que al hojear estas páginas encuentre.

Heraclio Serrano Viteri.



¿QUIÉN SOY YO?

¿Que quién soy yo, me dices?

¿Pues no lo sabes?

Soy una tortolilla
triste y amante
que gime herida
del amor por las flechas:
¿no lo sabías?

Soy débil pajarillo
que en torno tuyo
anda revoloteando;
pues tus arrullos
tiernos y amantes
han hecho de tus ojos
para mí cárcel.

Soy abeja que zumba
junto á tu pecho
para libar las mieles

que hay en tu seno.
Deja que llegue
y en libar sus aromas
mi vida emplee.

¿Que no estás satisfecha?
¿Que saber quieres
si mi alma es buena y noble,
como tú crees?
Yo suponía
que mi alma ya hace tiempo
tú conocías.

Pero, pues me preguntas,
yo te contesto
que mi alma es cariñosa,
noble en extremo,
amante y buena;
es mi cuerpo deforme
cual mi alma bella.

Jamás la hipocresía
me ha dominado:
es para mí el hipócrita
un bicharraco
que contra el suelo
gozoso estrellaría.
¡Tal le aborrezco!

Perdono á mi enemigo
la ofensa grave;
pero que yo la olvide
jamás me mandes:
no le haré daño,
pero mi pecho nunca
le abriré franco.

Soy más claro que el agua
de limpia fuente:
sé cumplir mis promesas
y mis deberes.
Nunca en mi pecho
tuvo el odio acogida:
odiar no puedo.

Soy de un carácter dulce
y bondadoso,
soy amable y soy fino
como son pocos;
pero soy terco,
si ante mí, á lo que es blanco
lo llaman negro.

Con esto no te digo
que yo sea un santo:
en llegar á tal cosa
nunca he pensado:
de carne y hueso,

como los demás hombres,
que yo soy creo.

Para que te convenzas
de que no miento,
te he de decir los vicios
á que me entrego:
vicios infames,
que el confesor castiga
con penas suaves.

Mi primer vicio horrendo
es el tabaco
y el otro, imperdonable,
amarte tanto,
que, á todas horas,
soñando estoy contigo,
niña preciosa.

¿Podrás ya conocerme
con estos datos
que, como tú no ignoras,
son bien exactos?
Si aún fueran pocos,
proseguiré otro día
dándote otros.

EL VERDADERO AMIGO

A PIO ARTURO GARCÍA

Es un amigo fiel, rico tesoro
del que podrás valerte en mil apuros.
Vale más que el diamante y más que el oro;
más que la perla hermosa
que en los senos oscuros
del turbulento mar la concha encierra.
Vale más, mucho más que la ignorada
riqueza que la tierra
en su interior conserva avariciosa.
Vale igual que tú mismo: él es tu sombra;
va unido á ti, lo mismo que la hiedra
al olmo va pegada,
ó como el musgo á la pelada piedra.
Quien dice mal de ti, de él bien no dice;
quien con amor te nombra, á él le nombra.
¡Dichoso el que felice
de un amigo verdad guarda el aprecio,
porque un amigo fiel no tiene precio!

EL TRABAJO

A P. A. LUCAS DE NARDÍN

Soy de la Paz y del Progreso hermano;
soy fuente de riqueza y de consuelo;
soy una escala que conduce al cielo
de la dicha y el bien.

La paz del alma para el hombre gano
que quiere con mi título adornarse;
guardo para quien quiere á mí llegarse
laureles cien y cien.

Soy germen de grandeza y poderío,
escudo fuerte contra el vicio infando;
á la molicie torpe conjurando
por donde quiera voy.

Soy rey universal: el mundo es mío,
porque la fè es mi dulce compañera;
¡feliz aquel que sigue mi carrera!
Heraldo del bien soy.

EL AMOR

Es, á mi modo de ver,
si es correspondido, mar
de dulcísimo placer,
sol de esplendente brillar,
es benigno y dulce ser.

Es un bálsamo que cura
cual ninguna medicina:
es luz que en lo alto fulgura,
fáro que nos encamina
al puerto de la ventura.

Es letárgico sopor
que produce dulce sueño:
es, de grato aroma, flor:
para el más grande dolor
adormecedor beleño.

Es águila cuyo vuelo
llega basta tocar el cielo:
es duende que deja en pos
la alegría y el consuelo:
es... un destello de Dios.

Mas, si no es correspondido,
es volcán de ardiente lava,
tormento que nunca acaba,
asesino fermentado
que mil sepulturas cava.

Es sierpe cuyo veneno
causa al corazón la muerte,
es de acero dogal fuerte:
es lago de inmundo cieno
de viles reptiles lleno.

Es dragón que nos devora,
garfio que nos despedaza,
es tormenta destructora,
es llama desoladora,
es para el gozo mordaza.

Es humo que nos sofoca,
rejalgar que nuestra boca
llena de infausto amargor;
es, para aquel que le toca,
la maldición del Señor.

LA AZUCENA

Una mañana de Mayo,
apacible, hermosa y fresca,
tendido sobre la alfombra
de blando césped, que riega
un cristalino arroyuelo,
contemplaba la belleza
que ante mi asombrada vista
desplegó Natura espléndida.
Aquel cuadro de esmeralda
y aquel arroyo de perlas
admiraba con deleite
mi fantasía de poeta.
Fijè mis absortos ojos
en una blanca azucena
que el aura matinal mece
y el céfiro blando besa.
Y ya pensaba cortarla
para ponerla en las trenzas
del ángel de mis amores,
cuando ráfaga violenta

tronchó inclemente su tallo,
y, lánguida la azucena,
esparció todo su aroma
y con su cáliz dió en tierra.
Seca después por el sol
quedaba sobre la yerba.

.....
.....

También el corazón es
flor que el desengaño seca,
y cuyas hojas marchitas
son las esperanzas muertas.

SIN ALMA

Todos admiran tus azules ojos:
todos ensalzan tu abundoso pelo:
todos tus gracias seductoras cantan
y tus hechizos.

Todos te siguen con afán constante:
todos intentan conmover tu alma:
todos con fuego su pasión te pintan:
todos te adoran.

No saben ¡ay! que tus azules ojos
no hablan al alma con amor ardiente,
y que en tu pecho la pasión no anida,
porque está helado.

Ninguno sabe que una estatua eres
de formas bellas, mas cual mármol fría:
no saben que no anima un alma hermosa
tu bello cuerpo.

¡VADE RETRO!

¡Huye! ¡Huye de mí: no más te acerques!
no despiertes del sueño al alma mía;
que mi ilusión bajo una losa fría
mi corazón guardó.

En el altar que levanté en mi pecho
al amor, quemé incienso, puse flores:
mas ¡ay! del desengaño los rigores
le destrozaron ya...

Sólo el ara dejaron, y sobre ella
las astillas junté del altarcito,
y un destello de amor, grande, infinito,
al punto las prendió.

Y dentro el corazón ya queda sólo
montón inmenso de cenizas frías
y algún carbón entre ellas, que mis días
de amor pasaron ya.

Huye, pues: no te acerques, ángel bello;
no vengas á prender esos carbones,
que no quiero otra vez mis ilusiones
por siempre muertas ver.

¡Huye! que tu sonrisa me hace daño:
¡huye! no quiero que en mi pecho leas;
aléjate de mí, ¡por Dios! no seas
el ángel tentador.

LA AUSENCIA

—¿Qué es la ausencia?—Torcedor
para el alma enamorada:
es la tristeza, el dolor:
es, para el amor, la nada.

Es mar de salada onda
que dá sed al pecho amante:
es espesura sin fronda:
es sol, mas sin luz brillante.

Es una muerte aparente
de dos que viven amando:
es un suspiro doliente:
es vivir siempre llorando.

Es, si el amor es sincero,
acicate que le aviva;
si no, del olvido fiero
madre fecunda y altiva.

PRIMAVERA

Ya, al compás de una gama
de perfumes, sonidos y colores,
apareció la ninfa Primavera
bañando de alegría la ancha esfera.

Ya las vistosas flores
irán surgiendo entre la verde grama
ofreciendo su aroma á la Natura.

Ya los árboles todos de verdura
se cubrirán, el pájaro en la rama
su nido colgará, el cefirillo
jugará con las hojas, indolente,
y el canto del travieso pastorcillo,
sentado al pie de bulliciosa fuente,
resonará potente en la llanura.

Risueño el valle que cubrió la nieve,
ofrecerá de musgo blanda alfombra:
el viejo roble, que á tocar se atreve

con su copa las nubes azuladas,
recreará al viajero con su sombra.

Ya sus inquietas alas
agitarán las bellas mariposas
é irán, de vuelo en vuelo,
de la dalia al clavel, de ésta á las rosas.

Ya de las nubes el tupido velo
el sol descorrerá y, enamorado
de las inmensas galas
que la Natura ostenta,
y advirtiendo que está de luz sedienta,
la enviará en alas de la leve brisa
de luz y de calor dulce sonrisa.

COSAS DE ANTAÑO (1)

A MI QUERIDO MAESTRO
P. EDUARDO NAHALES.

Hace años, muchos años, que el alma mía
os dedicó un afecto puro y sencillo:
entonces érais joven, mucho más joven,
rebosando ilusiones, y yo era un niño.

Pero un niño travieso, inquieto, alegre,
juguetón y risueño, cual casi todos:
un niño que pensaba sólo en sus juegos
y que, pensando en ellos, era dichoso.

Era un *pequeño diablo*, como decía
la santa á quien hoy lloran los ojos míos:
la que, al quedarme huérfano, llamaba «madre»,
la que enjugó mis lágrimas con su cariño.

¡Oh! Déjeme que lllore, que lllore y rece:
hay deudas que pagarse no pueden nunca,
porque no hay en la tierra oro bastante,
ni el corazón encierra tanta ternura.

Pero vuelvo á mi historia, porque esto es triste,
y no es mi objeto haceros llorar conmigo.
Un niño decía que era, cuando mi alma
os dedicó un afecto puro y sencillo.

Yo era desaplicado: No lo recuerda?
El que el colegio todo le alborotaba,
el que solo, en un banco, tener solíais
castigado en la clase, por tarambana.

Yo era el niño travieso, de alegre rostro,
que, indómito al castigo, jugaba siempre:
que, escribiendo formaba, en vez de letras,
contornos de soldados sobre corceles.

El que con *estopines* alborotaba
las calles de la aldea soltando tiros;
y el que, más de cien veces, de las pedreas
salía señalado con varios *chirlos*.

El único, entre todos los del colegio,
que los libros rompía por no estudiarlos:
el que siempre llegaba tarde á la escuela,
el que estaba diabluras siempre pensando.

Pero también yo era, de todos ellos,
el único discípulo que más le amaba:
el que á leñazo limpio le defendía,
si en contra vuestra algunos se desmandaban.

Me dijisteis un día, pasado tiempo,
que el pueblo abandonabais de gozo henchido:
yo lamenté su ausencia, porque me había
acostumbrado tanto á su cariño...

Transcurrieron los años: yo fui creciendo,
y abandoné gozoso aquella aldea,
donde pasé la infancia feliz y alegre:
á estudiar me llevaron á lejas tierras.

Crecí más: inexperto, soñé placeres
que convertidos iba viendo en dolores,
y en desengaños sólo se iban trocando
mis poéticos sueños, mis ilusiones.

Luego, desengañado, formé mi nido,
donde reinan aunados amor y dicha
y en donde la tristeza no tiene un hueco
porque lo llenan todo paz y alegría.

Y, feliz en mi choza, sin más temores
que los que por su nido sienten las aves,
dichosa mi existencia se deslizaba
recordando sucesos de otras edades.

Entonces, tras de tantos años sin verle,
frente á frente una tarde nos puso el hado,
y el inmenso cariño que nos teníamos
en ingenuas preguntas iba brotando.

Y desde aquella tarde, que nunca olvido,
y en que, tras largo tiempo, vine á encontrarle,
recuerdo á todas horas mis travesuras
y el afán que sentíais por educarme.

Pero desde esa tarde, que nunca olvido,
podéis estar seguro que, hoy como antaño,
miro en vos al maestro, más que al maestro:
miro en vos al amigo, miro al hermano.

ANTES Y AHORA

I

Era yo muy niño:
triscaba en los prados;
miraba en las matas
los nidos buscando.
Corría gozoso
tras las mariposas;
cogía violetas
y alcanzaba moras.
Mas si un aldeano
junto á mi pasaba,
¡Cuándo seré hombre!
para mí pensaba.

II

✓ Pasaron los años
y yo fui creciendo:
mis sueños dorados
al fin se cumplieron:
ya en la primavera
estoy de la vida,
soy joven y tengo
vigor, lozanía.
Corriendo voy loco
tras mil ilusiones,
como cuando niño
corría en los bosques.

Amor me presenta
su copa dorada,
y en mi amante pecho
sus dardos me clava.
El jardín florido
del amor paseo,
y allí hermosas flores
á mi paso encuentro.
Yo quiero cortarlas,
pues son tan bonitas...
mas ¡ay! me he pinchado,
que tienen espinas.
Llaman á esas flores
flor del desengaño,
y son sus espinas
ponzoñosos dardos
que el alma destrozan,
cual crueles tiranos,
destrozan el cuerpo
del débil esclavo.
Y cuando ahora pienso
en aquellos años
en que yo contento
triscaba en los prados,
bajando la vista
exclamo:— ¡Dios mío!
¡Cuánto sufro ahora!
¿Por qué no soy niño?

RIMA
—

Una tarde,
una tarde
perfumada por la brisa que, doquiera,
el aroma de las flores caprichosas esparcía,
vaga sombra,
vaga sombra entre los árboles
que adornaban la llanura,
á mis ojos apagados por el hielo de la fiebre
se ofrecía.
Y mis ojos
apagados por la pena
y abrasados,
calcinados
por el llanto que, cual fuentes,
abundante derramaban,
la silueta vaga y triste,
la silueta vaga y triste,
la silueta vaga y triste de la sombra contemplaban.
Yo pensaba en las penas y amarguras que sufría
y en la dicha que otra tarde,

otra tarde tan hermosa y perfumada como aquella,
tan tranquila como aquella,
disipóse como el humo,
alejóse de mi lado más ligera
que la nave que las máquinas forzando,
presurosa á lo largo de los mares se perdía...
Mas, de pronto,
mas, de pronto, aquella imagen
que á mis ojos,
apagados por la fiebre y por la pena, se ofrecía,
carcajada estrepitosa,
carcajada estrepitosa lanzó aguda,
carcajada estrepitosa que mi pecho,
eal puñal envenenado de dos filos, dividía.
Y, al quejarme de la sombra
que, cruel, de mis torturas se burlaba,
respondióme con acento lento y grave:
«Nunca busques los placeres que te encantan
sin dolores;
y, si encuentras tu camino con espinas erizado,
sufre y reza, nunca llores».



ROMANCE

Vendrá la aurora vertiendo
ríos de luz argentina
y llevando al pecho triste
tranquilidad y alegría:
vendrá la noche, y la luna
esparcirá su luz tibia
sobre collados y montes,
sobre aldeas y alquerías:
vendrá el invierno, dejando
con sus fríos aterida
á la tierra, y nivea alfombra
parecerá la campiña:
volverá la primavera
con sus bellas florecillas,
con su verdura y su aroma,
con su animación y vida:
volverán á estar los campos
lentos de dorada espiga,
y nuevamente su fruto
nos ofrecerán las viñas:
volverá el viento á barrer

las hojas secas caídas,
y volverán á cruzar
los mares las golondrinas...;
pero jamás volverá
á mi corazón la dicha,
si la niña de ojos negros,
de mi lado se retira.

¡VADE IN PACEM!

Ya eres libre, mujer, ya te he dejado
abandonar el nido,
el Edén perfumado
en que tanto has gozado
al lado del que tanto te ha querido.
Con esperanza loca
de hallar placeres mil, vas recorriendo
el mundo engañoso, y de tu boca
provocadores besos vas vendiendo.
¡Ya pararás en tu veloz carrera
y volverás al nido abandonado!
Pero llegarás tarde: habrá volado
el pájaro que tanto te quisiera...

LA FELICIDAD

La buscan muchos del placer en brazos:
otros en alas de mundana gloria:
éste la busca entre la vil escoria
del honor y el pudor hechos pedazos:

aquél la busca entre el metal odioso
que en férreas arcas ávido aglomera:
é incauto y necio hallarla ese otro espera
si el mundo á dominar llega ambicioso.

Mas yo la busco en el amor ardiente,
noble y eterno, ideal y puro,
y de encontrarla en él estoy seguro,
porque es la fé de tal amor la fuente.

¿Quién más feliz que el que á la amante esposa
ciñe en sus brazos y en la frente besa,
y en su ondulante cabellera espesa
prende gentil la purpurina rosa?

¿Quién más feliz que el que á sus hijos mira
triscar alegres por el verde prado?
¿Quién más feliz será que el hombre honrado
que el amor de su hogar sólo respira?

ÍNTIMA

Jamás el labio imprudente
dirá lo que siente el pecho
aunque éste quede deshecho
por el intenso dolor.

Jamás herirán tu oído
de rosicler nacarado
las frases que ha consagra lo
para tí mi puro amor.

Jamás tus delgados labios,
de besos fecundo nido,
pronunciarán lo que pido
en secreto, sin cesar.

Jamás... porque un juramento
me ata cual férrea cadena;
y tú, á mi amor y á mi pena
ningún premio podrás dar.

IMPROVISACION

ANTE LA CUNA DE MARIA PILES YICENTE

De la inocencia en su frente
brilla el sol hermoso y puro:
soñando está de seguro
con sus padres la inocente.

Duerme, niña, y haga el cielo
pases la vida soñando
y velen tu sueño blando
tus padres con dulce anhelo.

Que sin el paterno amor
dá tristeza la alegría;
el gozo, melancolía;
las carcajadas, dolor.

EL DESTERRADO

—¿Do vas, pobre desterrado,
siempre triste y jadeante?
Voy donde me lleva el hado:
voy sin rumbo: vago errante.

Voy regando con mi llanto
cuanto en mi camino encuentro:
voy lanzando triste canto:
vá la pena de mí dentro.

Voy mirando hacia la altura,
compasión pidiendo al cielo:
rogando á la Virgen pura
que á mi alma dé consuelo.

Marcho siempre acompañado
del amargo sufrimiento.
Pan con mi llanto amasado
es mi único alimento.

Y, si en la espesura umbría
á descansar me detengo,
con los recuerdos de un día
que fué feliz, me entretengo.

Soy otro judío errante
rodeado de dolores,
y llevo siempre delante
Dios, mi patria y mis amores.

EL REY

*Aufer impietatis á vultu regis
et satiabitur justicia thronus ejus.*

Salomón. Prov. XXV, v. 5.

Sea piadoso el Rey, sea cristiano
y de su pueblo entonces será amante:
justas leyes dará con que levante
el decaído vigor del ciudadano.

Padre tierno será, en vez de tirano,
y en torno suyo se alzaré gigante
la severa justicia que, pujante,
el crimen penará con fuerte mano.

La caridad irá siempre á él unida,
nunca el orgullo brillará en su frente,
y la nación, al verse bien regida,

le prestará obediencia diligente:
y del pueblo y del rey sea el encanto
de la felicidad el bello manto.

SEMBLANZA

Entre las vistosas flores
que esmaltan el verde prado,
una ví cuya corola
doblaba sobre su tallo.
Era su color tan bello,
era su aroma tan grato,
que me paré á contemplarla
y acerqué á ella mi mano
para cortarla, imprudente;
mas, ¡ay! no bien el contacto
de mis dedos en sus hojas
sintió la mustia flor, cuando
todas al suelo cayeron,
y del cefirillo blando
en las alas invisibles
giraron por el espacio.
Miré al suelo y ví una víbora
enroscada al pie del tallo
de la flor que días antes
era la mejor del prado.

¡Ay! Entonces una lágrima
vino á humedecer mis párpados.
¿Por qué? También yo fui un día
flor que con amor cuidaron,
hasta que una vil calumnia
escupió mi rostro cándido.
Desde entonces la alegría
ausentóse de mi lado
y, melancólico y triste,
huyendo de todos, ando;
que, sin la ilusión, mi pecho,
es como sin agua un lago.

¡BENDITO SEA!

Quando distingo á lo lejos
las casitas de mi aldea
y las nubecillas de humo
que las blancas chimeneas
despiden, y el campanario
con su mohosa veleta,
y los pinos que á mi pueblo
por todas partes rodean;
renace en mí la alegría,
mi corazón con más fuerza
late, se ensancha mi pecho:
y es que allí, en aquella aldea
y en algunas de sus casas
hay personas que en mí piensan,
que con el alma me adoran
y que mi llegada esperan,
para estrecharme en sus brazos,
besar mi frente serena
y con amoroso empeño
desvanecer mi tristeza.
¡La paz y amor de mi hogar
por siempre benditos sean!

BALADA

Te ví y te amé: y desde entonces ando,
para calmar la sed que me devora,
la fuente de tu amor, niña, rondando.

Sed tengo abrasadora,
de amor desde que vi tu linda cara;
y, como á mí me gusta el agua clara
y es clara tu hermosura, pues rubia eres,
juzgué yo que en la fuente de tu pecho
hecha con mármol blanco de Carrara,
calmar mi sed podría.

Pero ¡quíá! ¡que si quieres!...

Ya estoy desconfiado, pues me has hecho
y me harás desear tanto

el agua, hermosa mía,
que intentas que yo muera, tal sospecho,
de ardiente sed de amor cualquiera día.

No extrañes, por lo tanto, niña hermosa,
que, por calmar mi sed ardiente, vaya
y beba agua de amor en donde la haya,
no en la fuente que ocultas enfadosa.

VESPERTINA

Cuando el sol tras la montaña
oculta sus resplandores,
y extiende sobre la tierra
su negro manto la noche:
y al pie de un árbol, sentado,
de mi lira á los acordes
canto á solas mis tristezas
mientras de lejana torre
la brisa me trae los ecos
de los metálicos bronces:
y ocultos entre la fronda
los pajarillos cantores
sus últimas melodías
dan al viento juguetones...;
en mis padres y en tí pienso,
y de mis labios entonces
brota una tierna plegaria
por sus espíritus nobles,
y mi pensamiento vuela
hasta el pie de tus balcones.
Lanza mi pecho un suspiro

y, al notar que los fulgores
de la luna plateando
van los empinados montes,
el camino de mi hogar
que diviso desde el bosque
entre alegre y taciturno
emprendo cantando á voces:
—Muere el hombre, muere el día,
muere el sol, mueren las flores;
pero jamás morirán
en mi pecho tus amores.—

EN UNA POSTAL

Cierto sabio dijo un día
A una mujer que creía
Reinar, por bella, en el suelo:
Mientras Modestia y Pureza
En favor de tu belleza
No se unan, loco es tu anhelo.

SIN ESPERANZA

La esperanza que ayer acariciaba
y á que culto idolátrico rendía,
huyó de mí cual sombra vana ó humo
que el viento desvanece
ó cual la nave que en la mar bravía,
sin dejar rastro alguno, desaparece.
Esa esperanza que formó mi encanto,
mi más dulce embeleso, mi alegría,
escapó de mi pecho, como el ave
que vé la jaula abierta
y, hendiendo con sus alas, presurosa,
el aire, nadie sabe
cuál fué el camino que cruzó ligera
porque no dejó huella de su paso:
fué cual delgada espuma
que la borrasca esparce por doquiera
ó cual la densa bruma
que disipa del sol la luz hermosa
ó como el sol que se hunde en el ocaso.
La perdí para siempre: el alma mía
sin la esperanza que formó mi anhelo,
mi encanto, mi alegría,
alberga la tristeza y desconsuelo:
un fantasma es mi dicha; sombra vaga
que el negro abismo del pesar se traga.

LA FORTUNA

SONETO

Ser debe una señora caprichosa
y también debe ser muy recatada,
pues sustrae del hombre á la mirada,
cuanto posible la es, su faz hermosa.

Ser debe extravagante y enojosa:
diz que recorre el mundo muy tapada,
que en una grande rueda va montada
y que su carrera es vertiginosa.

Yo ¡infeliz!, no he visto aún su faz risueña,
aunque en buscarla con ardor me empleo
y con ella mi mente á veces sueña.

—Ya la verás—, decís: así lo creo;
mas, mientras su silueta se diseña,
que mi esperanza va muriendo veo.

¿EN QUÉ CONSISTE?

Cuando en el cielo de tu frente pura
la negra nube del dolor contemplo,
siento mi ser arder, y la amargura
mi pecho llena.

Cuando yo apuro las amargas heces
de la tristeza del amor nacidas,
tu pecho se contrae, y te estremeces
cual débil hoja

que azota el viento con su soplo blando,
ó cual arista que, juguetón, mueve,
ó cual gacela que la van cazando
galgos ligeros.

¿En qué consiste, pues, que yo me apeno
cuando te encuentro triste y cavilosa,
y siempre lloras tú, cuando yo peno?

¿En qué consiste?

LA HOJA

(DEL FRANCÉS)

—De tu tallo desprendida,
pobre hoja, marchita y seca,
¿dónde vas?

—Yo no lo sé;
destrozado ha la tormenta
el árbol que era mi apoyo:
desde entonces me pasea
ya el fuerte aquilón, ya el céfiro,
desde el llano hasta la selva;
desde la montaña al valle:
voy donde el viento me lleva,
sin quejarme de su furia,
ni asustarme de su fuerza.
Voy donde todas las cosas:
do vá la hoja hermosa y fresca
de la rosa, ó donde vá
la del laurel mustia y seca.

TRISTEZA

Elevando en el alma,
clavada una espina,
incierto camino,
sin rumbo ni guía,
Ya no hay en mis labios
conatos de risa;
ya huyó de mi alma
la antigua alegría.
Mi tez sonrosada
está ahora cetrina;
mis ojos, vidriados;
mi frente, sombría.
Las flores que antes
gozoso cogía,
hoy ya no me encantan
como en otros días.
Los cantos que lanza
al are mi lira,
son tristes, pues tengo
de amor en el alma clavada una espina.

CANTA Y NO LLORES

A MI QUERIDO AMIGO P. A. G.

I

—Tú que puedes, amigo,
toma la lira,
y canta, cual cantabas
alegre un día.
Tu llanto seca
y canta, que pesares
el canto ahuyenta.

—Así, amigo del alma,
por consolarme,
me estás diciendo siempre;
mas no te canses:
cantar no puedo,
porque cuanto más canto,
más me entristezco.

¿Cómo quieres que lance
cantos al viento,

si mi alma está apenada,
yerto mi pecho?
¿Qué cantos puede
lanzar, el que en su vida
no ha estado alegre?

II

Mas tú no te convences
y me fastidias
diciendo á todas horas:
—Coge la lira,
tu llanto seca
y canta, que pesares
el canto ahuyenta.

—¿Que no encuentras asuntos
que cantar puedas?
¿Que todo lo que cantas
te dá tristeza?
No cantes nada
que relaciones tenga
con tu desgracia.

Ven conmigo, que flores
hay en el campo,
pintados pajarillos,
olores gratos,
mucho verdura

y un cielo azul sin nubes
que al sol encumbran.

Vente, que hay arroyuelos
de aguas tranquilas,
fuentes de frescas ondas
y cristalinas.
Conmigo vente
y ya verás si luego
cantas alegre.

Ven conmigo al paseo,
que allí hay mujeres
hermosas como soles;
conmigo vente.
Tu llanto seca,
y canta, que pesares
el canto ahuyenta.

III

—No te canses, amigo;
cantar no puedo,
porque cuanto más canto,
más me entristezco.
Rota y sin cuerdas
mi lira, sus sonidos
son de tristeza.

Para mí, ni las flores
tienen aroma,
ni esplendor el sol claro,
ni son hermosas
cuantas mujeres
ves tú por los paseos
y te enloquecen.

Vuelve á colgar la lira
en aquel clavo,
que mi alma está apenada,
mi pecho helado.
Cantar no puedo,
porque cuanto más canto,
más me entristezco.

¿DÓNDE ESTÁS?

Ando á veces cabizbaje
vagando por la arboleda,
sin fijar mis tristes ojos
en los lirios y azucenas
que brotan de un arroyuelo
en las alegres riberas.
Sin escuchar de los pájaros
los gorjeos con que alegran
los corazones que sufren
del desdén las crueles penas.
Sin aspirar el perfume
de las tímidas violetas
que sus corolas esconden
entre la florida yerba...
á solas con mis recuerdos,
de dolor el alma llena,
y cantando entre suspiros
que mi tristeza reflejan:
«¿Dónde estás, paloma mía, (2)
que solitario me dejas
vagar por aquí en las dulces
mañanas de primavera?»

LA SOLEDAD

Amo la soledad; que en la espesura,
á solas con mi Dios y mis amores,
me parecen más bellas aún las flores,
el sol, la luz, el cielo y la verdura.

Allí se ama mejor: la carcajada
que el mundo lanza en bacanal orgía
como un reto al pudor, allí, en la umbría
no repercute inmensa, prolongada.

Allí se evocan, sin temor ninguno
y teniendo á Dios sólo por testigo,
los secretos de amor que ni al amigo
se confiaron jamás: no es importuno,

ni es señal de flaqueza verter llanto,
á los troncos contando la tristeza:
ni allí es tampoco signo de vileza,
alocado, entonar alegre canto.

Allí se vé mejor lo que es la vida,
se siente allí mejor, allí se goza:
el corazón se ensancha y se alborozá,
y el alma adora á Dios enternecida.

A M A

¿Que has cerrado, me dices,
al amor blando
de tu pecho las puertas?

¿Que ya los dardos
de ese travieso
ciego te causan pena,
dolor inmenso?

Si has hecho lo que dices,
muy mal has hecho:
un pecho sin amores
es pecho muerto,
flor sin aroma,
arroyo sin cristales,
árbol sin hojas.

En cambio, en todo pecho
que amor exista,
hay placeres inmensos,
hay alegría.

Un pecho que ama,
es de sabrosos gajos
frondosa parra.

Vuelve á amar, no vaciles:
abre tu pecho
sin reparo ninguno
al niño ciego.
Vuelve á amar, niña,
si es que quieres alegre
pasar la vida.

LA CARIDAD

—Sin igual es mi belleza,
mi ternura sin igual:
nunca he tenido rival
en amar: yo con presteza
enjugo el llanto que empieza
á verter el hombre. Dad
con mi nombre: de bondad
y de piedad soy modelo:
soy emanada del cielo.
—¿Te llamas?
—La Caridad.

JUAN, EL INCLUSERO

(MONÓLOGO REPRESENTABLE)

(Juan, sentado en un banco de piedra de un paseo público: personas de diferentes sexos pasean conversando alegremente.)

La lascivia y el deseo
en contubernio fatal
se unieron para mi mal:
nací, y sin nombre me veo.

Por equivoco nacido,
las fieras que me engendraron
en un torno me arrojaron,
al mundo apenas venido.

Descubría mi presencia
inocente una deshonra: (Excitado).
y, para cubrir la honra
de una mujer sin conciencia,

cobardes, me abandonaron
los que me dieron el ser:
¡Temieron el sostener
su afrenta, y me deshonraron!

Me sirvió la sociedad
de madrastra y de nodriza.

¡Nodriza y madre postiza
que me dió la caridad!

Crecí más: llegué á ser hombre,
y ví con dolor profundo
que me despreciaba el mundo
porque me faltaba un nombre.

Un nombre y un apellido
que tengo, y que me negaron
mis padres, cuando me echaron
por el torno maldecido.

Un nombre ilustre tal vez:
acaso un marqués ó un conde
bajo este harapo se esconde...
Pero ¿qué digo? ¡Pardiez!

(Con despecho).

¡Un conde! ¡un marqués! ¡Mentira!
Yo soy Juan el inclusero:
lo dice así el mundo entero
cuando con desdén me mira.

¡Inclusero...! con burlón
acento el mundo me llama.
¡Inclusero...! y me proclama
de la sociedad baldón.

¿Tengo yo culpa ninguna
en ser hijo del pecado?
¿No pude nacer honrado?
¿Pude yo elegir mi cuna?

Sólo á mis padres culpados:
castigadlos, si os parece,
que vil castigo merece
su delito y su maldad.

Que ellos los culpables son
de que, siguiendo mi sino,
llegue á ser... un asesino
sin piedad ni corazón.

Pues nadie me enseñó á amar:
nadie me amó con ternura,
y mis penas con dulzura
nadie vino á mitigar.

¿Que quiso la sociedad
ser mi madre y me adoptó?
Es cierto y en ello yo
veo un acto de caridad.

Pero, ¿cuándo yo escuché
de hijo el dulce nombre, y cuándo
mi blando sueño velando,
á mi madre contemplé?

¿Cuándo me despertó un beso
cariñoso de mi madre
y los abrazos de un padre
recibí con embeleso?

Sólo escuché desde niño

—y mientras aliente espero
oir lo mismo—: ¡Inclusero!
¡Brava frase de cariño!

Paso el día trabajando
y la noche en la taberna:
y en ambos sitios la eterna
expresión sigo escuchando.

¡Inclusero! ¡Siempre igual!
Saben que mi alma destrozan,
y parece que se gozan
en su obra y en mi mal.

Y ¡cuántos de los que hoy
llaman ¡inclusero! á Juan,
hijos del vicio serán,
cual hijo del vicio soy!

Acaso, cual yo, nacieron
entre carnales abrazos,
entre los impuros lazos
con que sus padres se unieron.

Que, muchas veces, al vicio
santifica el matrimonio
y con él vela el demonio
de la impureza el indicio.

¡Cuán pocos hombres serán
nacidos de un casto amor!:

siendo esto así, ¿por qué peor (Convencido).
que ellos habrá de ser Juan?

Pues si yo he sido engendrado
entre bacanal orgía,
ellos entre hipocresía:
vicio al fin; al fin, pecado.

Però ellos saben cuál fué
el esposo de su madre:
bien ó mal, tienen un padre
y un nombre: el mío yo no sé.

Y porque esto no sé, infiero-
que es por lo que todo el mundo
me vé con dolor profundo
y grita: Juan ¡inclusero!

¡El mundo! ¡La sociedad!
Por caridad me adoptó
ayer: me insulta hoy; pues no
comprendo esa caridad.

Que criarme para luego
escupirme al rostro, es
dar vista á un ciego y después
volver á dejarle ciego.

¿Y eso es honradez? ¡Menguada!
¿Y eso es caridad? ¡Ninguna!
Eso es vileza; eso es una

venganza premeditada.

Y por eso me desligo
de la sociedad infame.
¿Que no me ama? Que no me ame.
¿Que me odia? Yo la maldigo.

Y pues, en vez de dolerse
de mi afrenta y amargura,
en aumentar mi tortura,
cruel, parece complacerse;

y me mira con severo
ceño, insulta mi orfandad
y ofende á la caridad
cuando me llama ¡Inclusero!...

la declaro guerra cruda:
¿se escuda ella en la honradez?
Yo me escudo en la embriaguez,
y en el crimen y en la duda.

¿Por que es su afrenta y baldón
el vicio quiere extirpar?
Pues yo el vicio he de aumentar,
y estoy muy puesto en razón.

¿Hijo no soy yo del vicio?
¿No lo proclaman así?
¿Pues de qué se extrañan, si
á seguirle estoy propicio?

Es mi venganza infernal.
La sociedad me abandona
y mi deshonra pregona
y se complace en mi mal;

y me llama vil escoria
y me arroja de su seno
y escupe á mi rostro el cieno
de mi maldecida historia...

y, déspota, rompe el lazo
de amor, que me unía á ella,
y la ironía destella
en sus labios... pues la emplazo.

La reto ante el orbe entero;
la envió mi acusación
por falta de corazón
para Juan, el inclusero.

La declaro guerra á muerte.
¿Quién vencerá? No me importa.
A la larga ó á la corta,
vence el traidor al más fuerte.

(Mira con desprecio á las parejas que pasan junto á él).

¿Que existe un Dios de bondad
que maldice mi rencor?
Sí; pero á ese Dios de amor
olvida la sociedad.

Porque sus leyes no acata,
ni sus preceptos observa
esa sociedad proterva,
hipócrita, vil é ingrata.

Que, si sus leyes siguiera,
á mí no me despreciara,
ni ¡Inclusero! me llamara
con desdén, ni se riera.

.....

.....

Es más culpable que yo. (Transición).
Mas, ¡oh Dios! ya me arrepiento:
mis extravíos lamento
y ansío la paz; guerra, no.

Pero que esa sociedad
me dé con amor sus brazos
y que no rompa los lazos
santos de la caridad.

LA ÚLTIMA LÁGRIMA

Del corazón brotando,
hasta los ojos sube
la cristalina lágrima
que al suelo vá á caer:
del corazón, que seco
esa lágrima queda,
y que, libre, dejamos
aún con pesar, correr.

Del corazón brotando,
hasta los ojos sube
esa última lágrima
que vierte en su dolor
el hombre, y esa lágrima
dentro del seno encierra
el último destello
de dicha y del amor.

¡Ab! ¡Cuántas cosas, cuántas
la lágrima diría,
si Dios la concediera

de la palabra el dón!
¡Cuántas que nadie sabe:
cuántas que están ocultas
en lo más escondido
de nuestro corazón!

Porque esa última lágrima
que hasta los ojos sube,
que del corazón brota,
que al suelo vá á caer,
es diminuta caja
que encierra mil secretos:
celos, amor, pesares,
felicidad, placer.

¡DICHOSO TÚ!

A MI BUEN AMIGO J. R.

Dichoso tú que vives,
querido amigo,
de la vida gozando
con alegría:
tú, que nunca á tu paso
has encontrado
eso que el mundo llama
melancolia.

Dichoso tú que cuentas
á centenares
del amor las sonrisas
y los favores:
que siempre en tu camino,
en vez de abrojos,
encontraste fragantes
y hermosas flores.

Dichoso tú, cuya alma
nunca ha nublado

del desengaño triste
la inmensa pena:
Dichoso tú, á quien nunca
sujetó fuerte
el desdén con su férrea,
doble cadena.

Dichoso tú, que nunca
vertiste llanto
del desamor nacido
de las mujeres;
de esas *serpientes bellas*
que llevan faldas
y que amargan á veces
dulces placeres.

Dichoso, amigo mío,
siempre dichoso
tú, que vives gozando
de la alegría:
consérvetela el cielo;
nunca padezca
tu alma eso que llaman
melancolía.

A UN CRÍTICO IGNORANTE

Eres, Fabio, y perdona, el más pedante
de cuantos hoy sobre la tierra crecen,
y además eres necio é ignorante.

Muchos hay, en verdad, que se parecen
á tí; pero te apuesto que ninguno
hay de tu talla, pues que ya te ofrecen

el título las gentes de importuno:
yo te diera el de idiota presumido,
ó, los de este jaez, todos en uno.

De cuanto otro escribió y tú has leído,
aunque hayas entendido lo que un cesto,
has hecho chirigota, y pretendido

dar un mal rato al escritor honesto
que, sin que llegue á ser un literato,
es estudioso al menos y modesto.

Pero es lo malo, que quien paga el pato
eres tú mismo, pues sucede á veces,
que eres cogido cual ratón por gato:

pero tú no te asustas ni estremeces;
meneas tu cabeza de Medusa
y arguyes con ridículas sandeces.

Tú debiste aprender por ciencia infusa
Lógica, Historia, Griego, Teología,
los textos del varón de Siracusa,

Física, Religión, Astronomía,
Gramática latina y castellana,
Retórica, Francés y Geología.

Y por eso es tu ciencia falsa y vana,
ridícula, estrambótica é inútil,
insulsa, torpe, inmodesta é insana.

¿Dónde está de tus críticas lo útil,
cuando en vez de razones das ultrajes,
por más que sea el motivo fútil?

Yo, Fabio, hablo muy claro y sin ambajes:
ó abandonas tu pluma libertaria,
ó la verdad y error no me bárajes,
ó hazte gobernador de Barataria.

¡SOY INOCENTE!

Dicen que dicen que mi honor rodando
anda hace días por el lodo impuro:
y, aunque llorando, juro
que es vil calumnia lo que el vulgo dice,
nadie lo cree, y váse publicando
por las calles y plazas
que soy un vil que, con diversas trazas,
procura convertir en infelice
un corazón feliz, honrado y puro.
A vos, Señor, cuya infinita esencia
llena el mundo y el cielo,
y que veis el cristal de mi conciencia
sin la mancha que dice mi enemigo,
acudo en mi dolor y desconsuelo,
y os pongo por testigo
de que soy inocente,
rogando á vuestra inmensa Omnipotencia
que la inocencia mía hagáis patente.
Lo que más me ha llenado de amargura,
lo que á mi alma tortura,
es que el que juzgué amigo verdadero,

el que creí sincero,
del que comí á la mesa,
ése es el primero
que apoya la calumnia y la confiesa.
Y, como que él la apoya,
nadie la pone en duda...
Venid pronto en mi ayuda:
no permitáis que la inocencia baje
á la maldita hoya,
donde van los cadáveres nefandos
de criminales mil, que no se ultraje
el puro sentimiento de mi alma...
Yo no os pido contra él, Señor, castigo,
no: mi alma le perdona.
Sólo os pido que hagáis que mi enemigo
no levante la palma
de una victoria injusta, y la corona
ostente de laurel en la cabeza,
mientras yo me consumo de tristeza.
Esto á pedirlos humildoso llego:
¡quede á salvo mi honor, y muera luego!

RECUERDO

A DON RAFAEL OCHOA

DISTINGUIDO POETA É ILUSTRE PERIODISTA.

† EL 6 DE MAYO DE 1901

Sin cuerdas y rota
tu acordada lira,
en oscuro rincón apartada
se muestra tendida,
cubierta de polvo...
y junto á ella se encuentran reunidas,
vestidas de luto,
tu muerte llorando,
[esas musas que tú agasajabas
feliz algún día.
[Ya no tienen quien cante sus glorias,
quien cante sus dichas,
[como tú, que feliz las cantabas,
porque las sentías:
[porque vida sobraba á tu pecho
y á tu alma alegría.

Cual la rosa temprana de Mayo
que su tallo inclina
cuando el soplo del viento inclemente
sus hojas marchita,
así tú, que hace poco gozabas
vigor, lozanía,
al sentir de la muerte las tristes
y heladas caricias,
te dormiste en su seno y volaste,
—pues que siempre viviste á la sombra
de la cruz bendita,
y teniendo la fé por escudo,—
á gozar del Edén las delicias.

Y en el mundo quedaron llorando
tu pronta partida,
tus fieles amigos,
tu amante familia.

¡Duerme en paz! Todos juntos y en torno
de tu losa fría,
el aroma de tiernas plegarias
llorando te envían.

FÉ Y AMOR

Sin la Fé que vivifica
y eleva hasta Dios el alma
y dá al espíritu calma,
¿el vivir qué significa?

Caminar entre negruras,
zozobrando á cada paso:
es ir llegando al ocaso
entre indecibles torturas.

Y, sin el amor, que el pecho
de placer inmenso llena
y endulza la amarga pena
que el corazón trae deshecho,

¿qué encantos tiene la vida?
¿qué atractivo el mundo ofrece?
El corazón desfallece,
el alma queda aterida.

Sin Dios y sin la mujer,
fuentes de la fé y amor,
todo es pavora y dolor,
nada de dicha y placer.

¡FANTASÍA!

De alados genios turba laboriosa,
en alabastro y jaspes trabajando,
de exquisita labor y artificiosa
hermoso pedestal fueron labrando.

Grave matrona, cuya frente brilla
más que si el sol ciñera su cabeza,
contempla aquella rara maravilla
y hacia ella se adelanta con presteza.

Llega hasta el pedestal, en cuyos lados
Juan Bravo — Villalar — Segovia — escribe,
y dice á los artifices alados:
—Id: que venga: la Patria le apercibe.—

Parten los geniecillos al momento
y, mientras vuelven, la matrona augusta,
sentada sobre el amplio basamento,
de oro y laurel una corona ajusta.

Una nube sutil llena el espacio,
párase frente al pedestal: desciende
ya convertida en nube de topacio
y luego nube y pedestal se enciende.

Y en medio de aquel fuego misterioso,
que con su soplo aviva la matrona,
de Juan Bravo el espíritu animoso
se yergue, en tanto ¡*Libertad!* pregona.

.....

El misterioso fuego ya se apaga:
la matrona del héroe las sienes
ha coronado, y la fantasma vaga
gesticula:—«*Segovia, aquí le tienes.*»

«*La Patria que á sus héroes no venera*
»*y honra, no es patria madre, que es madrastra;*
»*ya la abominación la alcanza fiero*
»*ya la cadena del oprobio arrastra.*»

»*Tú, Segovia, has honrado cual debías*
»*al héroe que meciste en tu regazo:*
»*te muestras noble como en otros días;*
»*á tí no alcanza tan funesto lazo.*»

Calló la voz, y los alados genios
huyeron; mas la estatua persistía...

.....

.....

Desperté: ¡Ah! como hace unos bienios,
la estatua era un proyecto ¡*Fantasia!*

LA MEMORIA DEL ILUSTRE POETA

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

EL DÍA 9 DE JUNIO DE 1903.

La dulce lira que pulsó tu mano
no emite ya sonidos melodiosos:
el dedo descarnado de la muerte
rompió sus cuerdas en pequeños trozos.
De los cánticos llenos de armonía,
de belleza ideal rico tesoro,
que lanzaba genial tu fresca musa,
sólo nos quedan ya ecos sonoros
que de lejos nos trae la brisa helada
que juega entre el ciprés y el sicomoro,
cuyas copas recogen los gemidos
de las musas, y el llanto de sus ojos.
La bella inspiración que enardecía
tu mente de poeta, y luminosos
rayos de luz y de verdad lanzaba
en versos inmortales y sonoros,
se apagó cuando, cruel, la Parca impía
cortó de tu existencia el hilo de oro.

Muerto... No, tú no has muerto...
¿Puede el genio morir, cuando brioso
supo escalar la cumbre de la gloria
y sentarse feliz en áureo trono?
No has muerto: te has dormido solamente;
y, mientras te lloramos hoy nosotros,
despertarás mañana entre querubes
para alabar á Dios, y tus despojos
envolveremos en tus mismos versos
por no hallar ataúd más á propósito.

MEDITACIÓN

Cuando se oculta el sol en el ocaso
siento melancolía:
y es porque pienso que, con lento paso,
puede ocultarse acaso
el sol de mi ilusión cualquiera día.

ANTÍTESIS**SONETO**

¿Ch'io ponga al doulo tregua?

Vittorio Alfieri.

Tú cantas tus delicias, tus amores,
yo canto mis desdichas mis pesares:
tú á la felicidad haces cantares,
yo los hago del hado á los rigores.

Tú vas pisando siempre sobre flores,
sin hallar de la vida los azares:
yo sobre espinas, por ajenos lares,
voy caminando lleno de temores.

Feliz, tú tienes padres cariñosos
que entre sus brazos con amor te aduermen
y que por tí trabajan afanosos:

los míos de la muerte el sueño duermen
y, tal vez, ¡ay! me llaman desde el cielo.
Y ¿quieres que halle á mi dolor consuelo?

LA FIESTA DE SAN JUAN (3)

¡Lo que brilla y alborota
una fiesta de San Juan!

Lope de Vega. «Las
Flores de Don Juan.»—
Acto 1.º, Escena III.

I

Tras de blanquecinas nubes,
trozos de encajes y gasas,
que corren por el espacio
de sutil viento en las alas,
el rubio cabello asoma
la Aurora que, enamorada
de Febo, por darle celos,
del Céfito se acompaña:
y dá lugar á que aquél
acelerando su marcha,
despierte á Naturaleza
preguntando por su amada,
en tanto que Aurora ríe
viendo de Febo las ansias
y de perlas de rocío
los verdes campos esmalta.

Medroso Céfito, váse
á ocultar entre las ramas
de la arboleada, no sea
que se descubra su hazaña.
Teme el castigo de Febo
que puede abrasar sus alas
blandas, sutiles y frescas,
hermosas, leves y gratas.
Y, agitando dulcemente
las hojas de la enramada,
las cuenta quedo, muy quedo,
sus amorosas hazañas
y las pide su concurso
para ver si desagravia
al rival afortunado
de quien teme la venganza.
A los pájaros despierta
que duermen entre las ramas
y éstos saludan á Febo
con cánticos de alabanza.
Los pétalos de las flores
al beso de Febo estallan
y, mientras él las contempla,
sus perfumes le regalan.
Los tranquilos arroyuelos
su corriente plateada
agitan y, murmurando
un himno de paz, retratan

del sol la faz purpurina
que ya no se muestra airada,
porque todo le sonríe
y porque todo le encanta.
Frescura, aromas, colores,
alegría, dicha, calma,
la tierra brinda á su rey,
como diadema de gracia,
de paz, de luz, de sosiego,
de cariño y de esperanza.
La alborada de San Juan
es la más bella alborada.

II

Bulla y desconcierto reinan
en el campo y la ciudad,
y el pueblo, que no ha dormido
en la noche de San Juan,
recorre calles y plazas
ronco de tanto gritar.
Estallan bombas y cohetes
en el espacio á compás,
y cánticos de alegría
se escuchan aquí y allá;
los bullangueros mozuelos
vagan por la capital
rasgueando sus vihuelas
y, riendo sin cesar,

en endechas amorosas
su gozo cantando van.
Las músicas militares,
batiendo marcha triunfal,
anuncian que ya ha llegado
la alborada de San Juan.
Todo es ruido y desconcierto
en el campo y la ciudad:
todo es bulla y alegría,
todo es dicha, todo es paz,
todo es humor y algazara,
la pena no existe ya
y, retozona, la gente
se divierte sin cesar.
*¡Lo que brilla y alborota
una fiesta de San Juan!*

III

Dominando la algazara
y el alegre desconcierto
con que á su Patrón celebra
un pueblo que es nuestro pueblo,
como nota discordante
de dicha en aquel concierto,
se escucha la voz cascada
y débil de un pobre ciego
que pide — ¡por Dios! — limosna,
sonando un viejo instrumento

cuyas mal templadas cuerdas
gimen y lloran á un tiempo.
Y alguien que siente en el alma
de la caridad el fuego,
acercándose al mendigo
le llama «su compañero»
y sus lágrimas enjuga
y dá esperanza á su pecho
y su miseria socorre
y halla á sus penas consuelo.
La bulla cesa y el ruido:
y, siguiendo aquel ejemplo,
al pobre todos rodean
y, éste más y el otro menos,
del ciegucecito las manos
llenan hermosos objetos.
¡Nadie quiere divertirse
mientras lllore el pobre ciego!



Separándose del grupo
vivo, animado y espléndido
que á su Patrón festejando
formaba el alegre pueblo,
la juventud se presenta
retratada en hechiceros
rostros que brindan amores
y mortifican deseos.

Hasta el anciano se acercan
y le prestan, sonriendo,
apoyo en su fuerte brazo,
mientras todos los objetos
regalados los apilan
formando montón inmenso,
y—¡A gozar!—al viejo dicen:
—nosotros te ayudaremos.
Derrochando gentileza,
van sonrisas ofreciendo
á cambio de una limosna
para aquel infeliz ciego,
las mujeres más hermosas
de nuestro bendito suelo.
Bellas, como una alborada:
puras, como el firmamento:
esbeltas, como las flores:
candorosas, como un sueño
de querubes: incitantes
cual amoroso deseo,
no hay hombre que no se rinda
á sus continuados ruegos
y deje de dar limosna
á aquel pobrecito ciego
para quien ellas, que nunca
un favor pedir supieron,
por caridad ahora piden
á todo el que ven, dinero.

¡Aquellas manos de nácar
y de rosa, en cuyos dedos
brillan anillos preciados,
están limosna pidiendo!
¡Caridad, bendita seas,
pues haces tales extremos!

I V

Bulla y desconcierto reinan
de nuevo en la capital,
y hasta el pobrecito ciego
ríe y canta y goza ya.
Las cuerdas de su guitarra
que antes sonaron tan mal,
ahora parece que suenan
con más alegre compás,
pues remedió su miseria
la bendita caridad.
Todo es bulla y alegría,
todo es dicha, todo es paz,
todo es humor y algazara,
la pena no existe ya,
y, retozona, la gente
se divierte sin cesar.
*¡Lo que brilla y alborota
una fiesta de San Juan!*

VIVIR BIEN, QUE DIOS ES DIOS

¿Qué importa que mi enemigo
diga que soy un malvado;
que mil calumnias propale
de cosas que ni he soñado?

Que á espaldas mías me insulte
y me tenga odio profundo,
¿qué me importa, si mis obras
las conoce todo el mundo?

¿Si toda conciencia honrada
hará á mis actos justicia
y escarnecerá prudente
la desvergüenza y malicia?

Si pretende incomodarme
está muy equivocado:
con despreciarle y reirme
está bastante pagado.

Como la infamia no dejo
ni el engaño de mí en pos,
voy cantando muy tranquilo:
— *Vivir bien, que Dios es Dios.*

TÚ Y YO

¿Qué eres tú?—Mar tempestuoso,
en el cual nunca hay bonanza.

¿Qué soy yo?—Barquilla frágil
que, atrevida, en él se lanza.

¿Qué eres tú?—De bellas alas
inconstante mariposa.

¿Qué soy yo?—Niño que corre
tras de tí de rosa en rosa.

¿Qué eres tú?—De frescas aguas
fuente pura y cristalina.

¿Qué soy yo?—Triste sediento
que á tí á beber se encamina.

¿Qué eres tú?—Ninfa graciosa
que en sueño apacible veo.

¿Qué soy yo?—Amante poeta
que en cantarte me recreo.

¿Qué eres tú?—Visión hermosa
que tentaciones me das.

¿Y yo?—Loco que te sigue
sin alcanzarte jamás.

PAISAJE (4)

Verdes praderas tendidas
al pie de empinadas cuestas:
frondosos pinos en éstas,
sus copas alzando erguidas.

Formando risueño prado
se ven variados arbustos,
y cien árboles robustos
su raíz allí han echado.

Un alto puente colgante
que tocar el cielo anhela,
por el ancho espacio vuela
con presunción de gigante.

Bajo este elevado puente
verde yerba, mucha fronda,
que riega alegre la onda
de sosegada corriente.

Y en medio de esta verdura
se alza «El Batán», un molino
blanco como un palomino
que revuela en la espesura.

Pincelada última: el sol
que entre las nubes se oculta:
un pecho que amor sepulta
viendo morir su arrebol.

Caravana que se aleja
del espacioso molino:
cantos al amor y al vino:
alguien que canta y se queja.

SEGUIDILLA

Como las flores aman
al cefirillo
y á la espesura umbría
los pajarillos,
mi pecho te ama;
que es, sin tu amor mi pecho,
lago sin agua.

EL ANOCHECER

La luz crepuscular, lugarteniente
de la noche sombría,
su misteriosa frente
asoma por encima de los montes
y el imperio del día
á conquistar empieza lentamente.

Achicándose van los horizontes:
los árboles copudos,
albergue de parleras avecillas,
inmóviles y mudos
contemplan la batalla,
mientras Naturaleza observa y calla.

El ruido de vibrantes campanillas
indica que el ganado,
abandonando el prado,
se dirige al establo á paso lento:
el labrador contento
desunce al tardo buey, deja el arado
y, apoyado en la aijada, sus cantares

demuestran la alegría
que siente al caminar hacia sus lares.

Por la luz del crepúsculo acosada
huye la luz del día...
marcha á dar á otro mundo otra alborada.
El sol incandescente,
al ocultarse tras la enhiesta cumbre,
la enciende con su lumbre
y la faz muestra airada
al dar su despedida
á la tierra dormida,
cuyos bellos matices y colores
hizo resaltar él con sus fulgores.

Aparece la luna en el espacio,
ese inmenso palacio
de estrellas y de gasas construido;
y por los rayos de la luna herido
el invencible sol, su rostro brota
purpúrea sangre que piadosa nube
en su manto recoge gota á gota.

Por la cóncava esfera el carro sube
de la noche sombría:
inerte mira al rey del claro día
que por los mares resbalando baja
y con sus negras alas le amortaja.

.....

Anocheció: el cárabo y el buho
 siniestro canto, á dúo
 ocultos en los árboles, entonan.
 Todo duerme: tan sólo ellos pregonan
 el triunfo de la noche oscura y fría.

DÉCIMA

¿Qué es la vida?—Una ilusión.
 ¿Y la muerte?—Una verdad.
 ¿Sueño?—La no realidad.
 ¿Y el amor?—Fugaz pasión.
 ¿Y el humano corazón?
 —Triste mar del desengaño.
 ¿Mal de muchos?—Hacer daño.
 ¿Y el mundo?—Lugar del lloro.
 ¿Y su dicha?—Tener oro.
 ¿Y mis deseos?—Ver otro año.

MIRANDO AL MAR.

SONETO

Tranquila está la mar: sereno el día:
las olas van y vienen cual mi pena
y besan, al morir, la leve arena
que dora el sol con rayos de alegría.

Van y vienen y tornan: á porfía,
el lugar que una deja, otra le llena:
y dominando tan hermosa escena
un vapor muévase con gallardía.

¡Qué imagen tan completa de mi alma!
Mi corazón tranquilo, el mar en calma:
mi deshecha alegría, la blanca espuma:

el sol, mi fé: las olas, mis dolores:
el vapor, mi esperanza en días mejores:
mi oscuro porvenir, la incierta bruma.

SEMBLANZA

Como las flores que su cáliz abren
al recibir los besos de la aurora,
 á tu amor fermentado
abrió su seno mi alma generosa.

II

Como lozana flor que sólo un día
al impulso del céfiro se mece,
 mi pecho palpitante
de gozo disfrutó por tiempo breve.

III

Y cual las flores que, al caer la tarde,
pliegan su cáliz ya marchito y mueren,
 en el inmenso abismo
de tu olvido se hundió mi amor ardiente.

¿TE ACUERDAS?

Con amor, una mañana,
temblando prendí en tu seno
un clavel de aroma lleno
y más rojo que la grana.

Y, para darte á entender
que olvidaba los agravios,
le acerqué antes á mis labios
y le besé con placer.

Te preguntaron mis ojos
si el obsequio agradecías
y en tus miradas decías
que te había causado enojos.

El rojo clavel después
hallé en el suelo tendido,
rozando con tu vestido
y pisándole tus pies.

En su cáliz, al alzarle,
una lágrima vertí:
luego te le devolví
sin atreverme á besarle.

Entre tus manos de nieve
fragante le ví un momento:
tú, con fingido contento,
le miraste tiempo breve.

Y distraída y cantando
no recuerdo qué canción,
con el clavel mi ilusión
fuiste, ingrata, deshojando.

RÁPIDAS

¿Que estás muerto de amor? Pues es mentira,
que yo te veo vivo y bien despierto.
A lo más, á lo más, serás un vivo
que tenga presunciones de ser muerto.



Nos miramos los dos de tal manera
que alguno, al sorprender nuestras miradas,
dijo lleno de envidia: ¡Qué dichosos!
y, sin embargo, aquél se equivocaba.

A LA MUERTE DE LUIS XVI

SONETO

Inmensa turba la ancha plaza llena:
tosco cadalso en ella se levanta:
rostros feroces cuya vista espanta
forman en redor de él doble cadena.

Un rugido el espacio luego atruena:
es que ya llega el rey que se adelanta
hasta el cadalso con segura planta:
su vida pide con furor de hiena

el populacho, de desprecio digno:
se prepara el verdugo: el mártir ora:
el sol se oculta tras de parda nube.

por no alumbrar el acto vil é indigno
que la Francia comete en menguada hora:
de Luis el alma hasta los cielos sube.

LATIDO

Hoy pulso, padres míos,
mi lira rota
y un lúgubre gemido
es cada nota:
Padres del alma:
¿cuándo iré con vosotros
á gozar calma!

Sin la dulce sonrisa
de vuestros labios,
todo me causa enojos
y me dá agravios;
que, desde niño,
me encontré de vosotros
sin el cariño.

Como estaba distante
de vuestro lado
mi frente vuestros besos
no han calentado:
y la tristeza
orló con mustias flores
¡ay! mi cabeza.

Abrazaros no pude
ni un beso daros,
ni entornar vuestros ojos:
sólo lloraros
puede mi alma
que, al perderos tan niño,
perdió la calma.

Por eso ya no asoma
risa en mis labios
y todo me dá enojos
y me dá agravios;
y la tristeza
orla con mustias flores
¡ay! mi cabeza.

COSAS DE MI TIERRA (3)

FRAGMENTOS

«Tres cosas tiene Segovia
que no las tiene Toledo;
la Catedral, el Alcázar
y el Puente del Azoguejo.»

(Cantar popular)

Segovia, patria mía, cuyo nombre
—ni púnico, ni griego, ni romano—
me hace rodar sin luz por los abismos
de los tiempos primeros insondables
sin encontrar la más ligera huella
del ser que te fundó; á mi conjuro
despierta del letargo á que entregada
yaces siglos atrás: alza tu frente
coronada de torres gigantescas
y dime el nombre sólo del que pudo
tus cimientos echar sobre una roca.

¿Fué algún celta atrevido é ignorado?
¿Fué el rey antiguo Hispán, ó fué el heróico
griego que en Cádiz sacudió su clava?

¿Tampoco Hércules fué? ¿Pues quién ha sido?
 ¿Por qué su nombre ilustre leer no puedo
 en los miles de estrellas fulgurantes
 que el manto azul inmenso bordan de oro?

.....

En tiempo del romano «Ciudad libre»,
 «municipio», con fueros, grande y noble,
 supiste siempre sostener con honra
 tu nombre ilustre y tu estandarte hermoso.
 Grande fuiste en lo antiguo y grande hoy eres
 aunque apareces ante el orbe humilde;
 que la grandeza verdadera gusta
 de la verdad cubrirse con el manto.

.....

EL ACUEDUCTO

Fábrica insigne, gigantesca empresa,
 obra sublime, admiración del sabio,
 asombro de los rústicos pastores,
 encanto de los genios y las musas:
 soberbio puente, de mi patria orgullo,
 tus pilares robustos y elevados
 cuyas arcadas majestuosas tocan
 en el azul espléndido y hermoso;
 en aras del amor que patria inspira

de sus hijos amantes en los pechos,
quisiera que mi lira un dulce canto,
de tu grandeza digno, alzar pudiera.
Mas, ¿qué habré de decir que no sea poco?
coloso sin igual, habla tú mismo,
y dime si cual tú algún otro existe.

.....

Yo sé que en Nimes y entre dos montañas
dió el Agripa romano techo á un río
extendiendo sobre él un grande puente.
Yo sé que se levanta en Tarragona
otro coloso á disputarte el triunfo
y alguno más en Emerita-Augusta.
Yo no ignoro tampoco que el de Alcántara,
que sobre el Tajo muéstrase orgulloso,
y el otro que se yergue sobre el Tormes
y los muchos que á Roma enorgullecen
son, como tú, testigos de grandeza.
Pero ninguno como tú subsiste
á través de los años y los siglos,
á pesar de las guerras destructoras
levantando hasta el cielo sus arcadas
y diciendo: —Héme aquí: soy un gigante.
Magnífico, grandioso, incommovible,
desde mi asiento he visto cuál surgía
una generación al hundirse otra.
He escuchado sereno los rugidos
de fiera tempestad: el tableteo

del trueno buscaba eco en mis pilares,
y mi frente he ceñido muchas veces
de los fulmineos rayos con la lumbre.
Yo he visto á los romanos pasearse
á mis pies, orgullosos de su obra,
he mirado los blancos alquiceles
de los hijos de Alá flotar al viento:
cabe mi planta he visto á los judíos
ávidos de oro, ejercer la usura;
y, en mis pilares, aquel Conde ilustre
de los tiempos antiguos que á Castilla
hizo libre á pesar del sarraceno,
se recostó, cansado, á saludarme
Fernán González fué: él mi Segovia
arrancó á los tostados africanos.

.....

LA CATEDRAL

.....y aquella mole
de exquisita labor, cuyas agujas
se atreven á rasgar el tul cerúleo,
yo la he visto surgir—cual surge bella
una temprana flor al llegar mayo
dando á la tierra animación y vida—

del genio de un magnífico arquitecto,
majestuosa y sencilla, encantadora,
agradable, amplia y bella en su orden gótico.»

.....

EL ALCÁZAR

Álzase majestuoso é imponente,
cual pétreo y silencioso centinela,
sobre tajada y empinada roca
á orillas del Eresma caudaloso.
Inexpugnable fortaleza acaso,
allí jugaba el arte no hace mucho
con inmensas riquezas combinado,
haciéndole más bello y agradable.

.....

Pero la viva é insaciable llama
ciñó tus torres con anillos rojos
y tus bellezas desaparecieron
en las cenizas de la inmensa hoguera.
Hoy eres sólo ya, famoso alcázar,
incierta sombra de lo que antes fuiste;
mas aún conservas tu profundo foso
y tus torres vigilan incansables:
aún puedes decidir una batalla,
aún llamas la atención del viajero.

.....

EL FARO DE SEGOVIA

..... entre la fronda
destácase una ermita ó santuario
adosado á unas rocas gigantescas.
Allí guarda Segovia joya rica:
y el pueblo acude allí, cuando el vibrante
esquilón con alegres tintineos
le llama á visitar á su Patrona,
faro luciente, amparo de afligidos:
á la bendita Virgen, á la Virgen
que escucha sus pesares y alegrías,
á quien, de niño, balbuceando llama:
á quien, de viejo, con amor implora.

.....

EL TROVADOR

A G. P.

Del jardín los altos muros
trepa, cual ladrón furtivo,
un joven de rostro vivo
y blondos rizos oscuros.

El jardín era frondoso;
y cada flor que allí había,
al mancebo conocía
de otro tiempo más dichoso.

La enredadera gentil
que trepa por la ventana,
la plantó él una mañana
tranquila del mes de Abril.

Y también sembró su mano
las hermosas clavellinas
y las rosas purpurinas
que el céfiro besa ufano.

De aquel jardín cada flor
es una página tierna

y fiel de la historia eterna
del amor del trovador.

Por eso va acariciando
á cada flor con ternura
y con frases de dulzura
á todas vá saludando.

—
Era la noche estrellada:
y el gallardo trovador
entona trovas de amor
bajo el balcón de su amada.

De su laúd los sonidos
agudos y tristes son:
remedan de un corazón
las penas y los quejidos.

—Yo—canta el bardo—te amé
como á la luz la flor ama;
como el pájaro á la rama
que sostén del nido fué.

Esclavo de tu hermosura
nicistes á mi albedrío:
y, á cambio del amor mío,
dicha ofreciste y ventura.

Al alma del trovador,
aún para el amor dormida,
tu voz despertó á la vida
del placer embriagador.

¿Te acuerdas? Dulces canciones
nuestros labios entonaron
y, armoniosas, arrullaron
nuestras puras ilusiones.

Libres como el ruiseñor
que gorjea en la enramada,
nuestra dicha era colmada,
espléndido nuestro amor.

El tiempo se deslizaba
placentero; hasta que un día
supe que la madre mía
moría y me reclamaba.

Mis lágrimas resbalaron
sobre tu serena frente:
y las tuyas por mi ardiente
faz, al marcharme, rodaron.

Y en el ósculo de amor
que te dí en aquel momento,
iba envuelto un juramento
con mi vida y con tu honor.

Partí: y al triste retiro
donde mi madre moría,
llevaba tu amor por guía,
por amigo, tu suspiro.

Un cadáver en el suelo
à mi llegada encontré:
la lloré mucho, aunque sé
que la he de hallar en el cielo.

Sembré su tumba con flores
que mis lágrimas regaron,
y myosotis brotaron
que son las flores mejores.

¡No me olvides! Esta flor
me recordó un juramento
que vuelvo á cumplir, sediento
de encontrar vida y honor.

Estoy al pie de tu reja
con mi laúd sonoro,
esperando ser dichoso
para desechar mi queja.

Abre el balcón, ángel mío,
que te aguarda el trovador
para ofrecerte su amor
y su vida y su albedrío.

Calló el bardo: su laúd
queja triste remedó:
tras sombría nube ocultó
la luna su débil luz.

El balcón sigue cerrado:
el mancebo escucha atento:
un vago presentimiento
tiene al trovador turbado.

Oye una voz de mujer
que á la de otro hombre hace coro:
luego un ósculo sonoro
que marca el rumbo al placer...

y cae: el laúd retumba
al romperse con estruendo:
el bardo muere gimiendo
y encuentra en las flores tumba.

Descoge la nube oscura
su manto, y la luna brilla
cual lámpara de capilla
que alumbra una sepultura.

Un lucero corredor
resbala en el firmamento:
esa estrella es el asiento
del alma del trovador.

LA MUNDANA (6)

POEMA EN TRES CANTOS

CANTO PRIMERO

LA CAÍDA.

I

Nació en humilde cuna,
pero limpia y honrada,
esa mujer zumbona y descocada,
desenvuelta y lasciva cual ninguna.

II

Bella como las flores,
y esbelta cual las palmas del desierto,
de su misera aldea el campanario
la vió crecer en años y hermosura
y arrullada feliz por los amores
de su paterno hogar en cuyo huerto,

llamaba la atención del vecindario,
haciendo de hortelana,
la hermosa niña de gentil figura
que, al ser mujer, se convirtió en mundana.

III

En edad bien temprana
—quince años no tenía—
empezó á sonreír á los amores
de Juan, garrido mozo
de rostro dulce, de mirada ardiente
y músculos de acero,
á quien no apunta el bozo
y al que en la serranía,
por ser de los pastores
el más fuerte, gallardo y bullanguero,
denominaban «el galán cabrero».

IV

Aunque era niña Rosa,
mujer al fin—y, como tal, maestra
en saber deletrear lo que hay escrito
en la alma candorosa
del hombre que en la red de su hermosura
preso quedó una vez—mostróse diestra
en avivar de la ilusión la llama
que en los ojos notó del pastorcito.

Un novio... ¡qué placer!: pensó la hermosa,
por cuya frente, aún pura,
cruzó la idea loca y prematura
de lo que ser podría
la dicha de encontrarse en quien se ama
el colmo del placer en sólo un día.
Tenaz, desde el momento
en que la idea prematura y loca
vino á empañar la virginal pureza
de Rosa la hortelana,
dispuso, á aquel intento,
trastornar la cabeza
del cabrero galán y sujetarle
al amor que inspiraba su belleza.
Amor que ella provoca
con empeño fatal, cierta mañana,
mirándole á hurtadillas y atisbando
el momento oportuno de enviarle
la sonrisa que estuvo preparando
todo un día delante del espejo,
para ver de obligarle
á declarar su amor, si está perplejo.
Una de esas sonrisas,
reservadas tan sólo á las mujeres,
que necesarias son y hasta precisas;
pues dejan entrever, en ocasiones,
un mundo de esperanzas y placeres
al servicio de lúbricas pasiones.

V

Por fin se decidió Juan el cabrero.
 Una tarde, volviendo del otero,
 encontró á la muchacha
 que, alegre y vivaracha,
 á lomos de una escuálida pollina,
 de vender hortaliza en el mercado
 de la aldea vecina
 regresaba á su hogar: dejó al ganado
 seguir la carretera
 y siguió á la hortelana, que gustosa
 admitió del pastor la compañía.
 La ocasión buena era:
 misteriosa la luz: atardecía:
 la luna tras los montes asomaba:
 nadie los escuchaba:
 ninguno los veía.
 Hablaron... se dijeron... ¿Quién ignora
 lo que se cuentan hombres y mujeres
 cuando hablan del amor por vez primera?
 Pues eso se dijeron:
 lo que se dicen todos los mortales
 en ocasiones tales:
 lo que á una y á otra hora
 repiten sin cesar miles de seres,
 y todos lo aprendieron
 sin maestro especial ni Diccionario:

ese vocabulario
que es tan nuevo y tan viejo á un tiempo mismo
y tan universal: ese lenguaje
tan breve y expresivo: el —yo te adoro...—
Hablando imparcialmente... ¡un aforismo!
Juan estuvo elocuente: amable Rosa.
El final el de siempre: el mismo coro
salvo tiempo, lugar y personaje.
Un doble juramento
que se olvida al momento.
¡Oh! si la Omnipotencia poderosa
al amante perjuro castigara,
no un infierno; por grandes que éstos fueran
mil infiernos llenara!

VI

Desde la tarde aquella
en que Juan contó á Rosa su querella,
más temprano el otero
abandona el cabrero;
y la hermosa hortelana
vá á la fuente por tarde y por mañana.
Ya todo el vecindario
ha llegado á observar que á la ventana
de Rosa acude Juan, sin faltar una,
todas las noches con amante celo:
y—caso extraordinario

en aquel pueblo, de virtud modelo—
platicando de amores
y escuchados tan sólo por la luna,
se están allí los dos, hasta que el día
dora con sus fulgores
la veleta del alto campanario
y despierta á la aldea, que dormía.

VII

Pasaba el tiempo, y la chiquilla hermosa,
siempre que á Juan veía,
pensaba en que el amor es una cosa
muy tonta, si no se halla en el amante
otro placer que estar á la ventana
escuchando su voz y contemplando
su varonil semblante.

Y tanto fué pensando
la infeliz hortelana
que, sin ella saberlo, en su cabeza
se revolvía audaz la idea del vicio
inoculando en su alma la impureza
para arrojarla luego á un precipicio.
En su afán de correr tras lo ignorado
empezó á luchar Rosa
con su amor, su virtud y su deseo.
¿Quién caerá en el combate aniquilado?
Siendo ella tan vehemente y voluptuosa

la victoria será del más osado.
Prosiguiendo en tan loco devaneo,
quiere ver, si acercándose á la llama
impura del amor, sin chamuscarse
las alas de crisálida, consigue
apurar el placer con quien ella ama.
¡Vil placer que persigue
y en el que, al fin, habrá de encenagarse!

VIII

Ni tímido ni tonto era el cabrero,
así como tampoco era inocente:
y ya de la hortelana
había exigido con afán vehemente
en otras ocasiones
un premio á su cariño inmenso; pero
la graciosa aldeana
no cedió á sus infames pretensiones.
Mas, Juan, en las miradas de su amante,
llegó á leer la idea que abrasaba
su alma, y al instante
se preparó á tomar la fortaleza
que tanto deseaba.
Notó que en su cabeza
la sangre se agolpaba,
que á sus labios el beso más impuro
lascivo se asomaba: empezó luego

la batalla infernal, en la que hacían
veces de proyectiles
el amoroso ruego,
juramentos, promesas seductoras
y peticiones viles
cubiertas diestramente
con frases de cariño embriagadoras.
Ni uno ni otro cedían;
pero Juan era terco,
y empeñado en vencer, apretó el cerco.
Y con nuevos halagos,
engaños y suspiros y caricias,
hizo tales estragos
en la plaza sitiada,
que Rosa, balbuciente y sonrojada,
ofreció á su galán tiernas delicias.

IX

¿Qué hiciste, desgraciada?
El loco devaneo
nubló tu frente y avivó el deseo.
¿Intentas convencerte
de si el amor en el placer se anida,
si se encierra lo bello de la vida
en el goce que vierte
la pasión que á otro ser procura unirte?
Tal vez, tal vez... Mas debo de advertirte
que el impuro placer causa la muerte.

Acaso, cuando veas
de tu ilusión la flor seca y marchita
y el deshonor te ciña con sus lazos,
refugio buscarás entre los brazos
del fementido amante
con que ahora te recreas:
y, con ansia infinita,
procurarás en vano
encontrar una mano
que cubra tu deshonra y te levante
del lodazal del vicio,
inmundo precipicio
en el que la hermosura
con la virtud trafica y la ventura.

CANTO SEGUNDO

DE MAL EN PEOR

I

Satisfecha la duda que tenía
la hortelana hechicera,
dijo, como Epicuro:
—No hay más bien que el placer.— De esta manera
siguió gozando del amor impuro,
que el atrevido amante la ofrecía.
Mas notando que su alma ya se hastiaba
de la vulgar pasión del aldeano;
que el pueblo la miraba
con odio por sus torpes devaneos,
y su delirio de placer insano;
y que los pobres viejos, que algún día
la amaron con ternura,
con rigor castigaban su osadía;
ardió en vivos deseos
el corazón de Rosa
de abandonar la aldea en que naciera

per una capital más populosa,
donde lucir su espléndida hermosura
y gozar de la vida placentera.

II

«De este modo,—pensaba la hortelana—
me libro de escuchar tantos sermones
y las murmuraciones
de jóvenes y viejos y mujeres,
que censuran con varios pareceres
que haga de mí lo que me venga en gana.
Hipócritas y zafios que pretenden
ocultar sus miserias y sus vicios
con santurrones juicios
y hablando mal de lo que no comprenden.
¡El gozar es vivir! ¿Quién fué el que dijo
que el placer es deshonra y es pecado?
Algún loco, de fijo
que, imposibilitado
de poder hacer uso de la vida;
envidioso tal vez de la ventura
de los demás y renegando acaso
de una dicha para él desconocida,
prohibió á la criatura
el poder apurar de un trago el vaso
de la ambrosía del amor ardiente.»
¡Vano deseo de infeliz dementel

III

Al oír pronunciar blasfemia tanta
con acento seguro y altanero,
debió de sonreír, á lo que infiero,
Luzbel, y su garganta
de júbilo lanzar un grito fiero.
Mujer que al mundo cínica provocas
y, por correr tras ilusiones locas,
santificas el vicio
y la virtud ultrajas
y la honradez con la licencia fundes
y el amor ideal sacas de quicio
y santidad y deshonor confundes;
¿no comprendes que al fin de tu carrera
la desgracia será tu compañera,
el desprecio tu sombra, y el olvido
el premio de tu amor envilecido?

IV

Tenaz en su propósito, la hermosa
abandonó el hogar pobre y hourado
y olvidó al pastorcillo enamorado
que un día hiciera tan feliz á Rosa.
Llegó á la Corte y la aturdió el bullicio,
pero admiró su lujo y su riqueza
y tropezó al momento con el vicio

en forma de impudor y gentileza.
Sus alas de brillante mariposa
extendió la aldeana, alzó su vuelo
y, después de vagar por el espacio,
desconocido para ella, quiso
detenerse á las puertas de un palacio
cuya magnificencia un vivo anhelo
de vil codicia despertó en su alma.

Allí veía riqueza

y, al llegar á la Corte, no tenía
Rosa más capital que su belleza.

Tuvo hambre la infeliz: y con sumiso
tono pidió limosna: un caballero
joven, gallardo, y bello cual narciso,
la miró lujurioso.

Rosa ¡por Dios! limosna le pedía.

—¡Linda mujer! pensó él: ángel hermoso
que, si no se asustase del dinero,
para aliviar mi tedio compraría.—

Se acercó á la muchacha, en cuyo oído
dejó caer de amor lisonjas gratas:
la ofreció un paraíso de ventura,
riquezas, joyas, lujo desmedido,
á cambio de poder, con su hermosura,
distraer las horas que le son ingratas.

Un resto de pudor, mal contenido,
hizo callar á Rosa:

el doncel continuó; por fin la hermosa

se declaró vencida
y hasta se sintió ufana
de pisar esa senda corrompida
que cruza sólo la mujer mundana.

V

Entonces fué cuando juzgó dichosa
la vida del placer. El caballero
de sedas la vistió: regios salones
tenía por morada:

un coche á su servicio y más dinero
del que reunido vió jamás la hermosa
querida afortunada.

¡Qué feliz era! ¡Cuántas ilusiones
que juzgó irrealizables algún día,
Rosa cumplidas vió! ¡Cuánta alegría!

Y en los brazos de Creso, aquel amante
noble, rico y también afeminado,
el goce refinado

apuró voluptuosa y delirante.

—¡Esto es vivir! —decía la insensata. —

¿Y á esto llama miseria, repetía,
la gente timorata? —

¡Desgraciada! No veía en su ceguera
que del deleite impuro la carrera
está alfombrada de espinosas flores:
su inexperiencia no la permitía
vislumbrar el final de sus amores.

VI

Así vivió algún tiempo; mas, un día,
por un capricho igual á aquel capricho
que tuvo el joven al mirar á Rosa,
la dijo: —Hermosa mía,
cansado estoy de tí: ya tu hermosura
no hace á mi alma bastante venturosa.
Te pongo en entredicho
porque he visto á otra bella
y quiero reemplazar con nuevas flores
el gastado jardín de tus amores.
No te incomodes, prenda: esta es la vida.
Cuando el placer de una mujer se estrella
en el cansancio del amante, cuida
éste de renovar el instrumento
del deleite con nueva estrella errante
que por el firmamento
del vicio marcha en busca de otro amante,
prometiendo sonrisas y dulzura.
Ya lo sabes, querida:
estás aquí demás, y no te ofendas;
puedes llevarte todas esas prendas
que realzan tu hermosura.—
¡Oh! ¡Cuál se sublevó de Rosa el alma,
al escuchar al noble caballero
cuya voz el efecto de un acero
hacía en sus entrañas! En su orgullo

herida de mujer, perdió la calma
y con acento fiero,
con dejos de odio y de rencor malditos,
apostrofó al galán:—¿De tí me arrojas
porque anhelas cambiar mi dulce arrullo
de tórtola sin hiel, después que has hecho
concebir á mi pecho
un mundo de ilusiones?
¿De mí ahora te despojas?
¿Cuáles son mis delitos?
¿Mi amor merece tan infame pago?—
—Cálmate, hermosa,—contestó riendo
el joven.—Abandona mis salones,
que yo bastante hago
con no hacer caso de tu charla airada,
después de regalarte generoso
las joyas con que adornas tu belleza.
¿Que no estás bien pagada?
Si compré tu cariño con dinero,
¿qué te debo, infeliz? ¡Responde! Nada.—
—No quiero tu riqueza,
ni tus alhajas, ni tus prendas quiero;
sin tu amor...—¡Bravo amor! Lividinoso.
Hija, lo siento; pero te aseguro
que, si de aquí al momento no te alejas
suspendiendo tus quejas,
mis fieles servidores
de la fuerza usarán: yo te lo juro.

Vamos, prenda, no llores.—
Y, esto diciendo, el noble caballero
empujaba á la hermosa
que, llorando de rabia y silenciosa,
abandonó el salón con inseguro
paso como una fiera acorralada,
cuya última mirada
al expirar, es un alarde fiero
de venganza imposible, aunque anhelada.

VII

Abandonó la espléndida morada,
de su dicha pasada,
cuna y sepulcro á un tiempo, ardiendo en ira.
Tal vez, aunque viciosa,
amó á aquel hombre con amor profundo
y soñó con hacer de todo el mundo
de la ardiente pasión gigante pira,
con cuyo inmenso fuego
y en dulces aras del deber de esposa
purificar su alma. Pero luego
que se vió desdeñada, envilecida,
rebajada por otra y maldecida
por el mismo que amó con ansia loca,
del cielo blasfemó su impura boca
y renegó del hombre y de la vida.
Apenas emprendida la carrera

del mal, dos desengaños
de muerte hirieron su alma placentera
y troncharon en flor las ilusiones
de sus primeros años.
Creyendo que hallaría
el colmo del placer en Juan, un día
le entregaba su honor, y halló el vacío:
cifrando en las riquezas la ventura,
la gentil criatura
no hizo sino afirmar los eslabones
del desdén, del oprobio y del hastío
y sacar destrozada
el alma. ¡Pobre Rosa!
¡Tu cuerpo ya no es más que la envoltura
espléndida y hermosa
del cadáver de tu honra hecha girones
y con cieno del vicio salpicada!
Aquellos desengaños la enseñaron
que la senda del mal es espinosa:
sus bellos ojos perlas derramaron
y, al confundirse entre la gente, dijo
mirando al cielo con dolor prolijo:
—¡Es ya tan tarde para ser honrada!...—

VIII

Vagó al azar la triste criatura
loca, desesperada



y maldiciendo en su dolor profundo
su destino implacable, cruel é impío
que, en vez de dicha, á eterna desventura
parecía tenerla condenada.

Pensando en el vacío

que hallaba en su redor, su mala estrella
quiso llevarla á un callejón inmundo,
sucio y mal alumbrado:

misterioso lugar que del pecado
es templo maldecido.

Abstraída la bella

en su dolor inmenso, no ha observado
que una vieja, remedo de la muerte,

y del ángel caído

astuta servidora,

sigue á la pecadora,

quien la intención no advierte

de su hipócrita y ruin perseguidora.

IX

—Buenas noches, hermosa:—con cascada
voz exclamó la vieja.—

¿A dónde sola vas, triste, á esta hora
y al parecer doliente y angustiada?

¿Por qué tu rostro cándido refleja
bárbaro sufrimiento?

—Perdonadme, señora:

Mas yo no sé quién sois... —Pues una honrada anciana que á su casa se retira, después de abandonar, hace un momento, á un triste desahuciado por la ciencia que ha muerto...

— ¡Dichoso él!

— Horror me inspira tu acento, hermosa joven. ¿Estás loca ó tienes fé tan poca que dudas de la santa Omnipotencia? ¿Tan grande es tu dolor, tu pena tanta que no encuentras para ella alivio alguno? — A mi dolor, señora, no hay alivio: ¡es tan grande! Hace una hora...

— ¡Jesús! ¡Jesús! me espanta lo que vas á decir. ¡Qué tontería!

Pues qué, ¿no tienes padres, bella mía?

— No: ni padres ni hogar: he tenido uno hasta esta tarde: espléndido palacio que abandoné llorando, avergonzada y por *él* ultrajada.

— ¡Infeliz! Tu desgracia me conmueve.

¿Y un esposo se atreve á ultrajar á la flor de la belleza?—

con intención dañada

la vieja interrumpió. Al oír esto, de Rosa la cabeza

se reclinó en el pecho deshonesto.

—¡Sola! ¡Pobre mujer!—siguió la arpía.—
Y sin tener un lecho, aunque modesto,
en que buscar descanso á sus dolores.
¡Ah! ¡Cuánta es mi alegría
hoy que puedo hacer bien! Niña, no llores.
Si aceptaras, gustosa partiría
contigo, el pobre lecho
y el mísero alimento, pero honrado
de mi modesto hogar. Yo así tendría
en mi soledad triste, compañía:
y hallaría tu pecho
por el dolor cruel acibarado,
dulce consuelo. Ven, tórtola viuda,
al hogar que te brindo generosa:
en mis consejos hallarás ayuda
para vencer el duelo que te acosa.—
Lloraba agradecida
la joven, escuchando á aquella vieja,
cuyo firme y galante ofrecimiento
creyó de buena fé, y no olvidando
que se hallaba rendida
de cansancio, sin pan y sin morada,
con sincero contento
aceptó: y, mientras Rosa vá su queja
á aquel diablo narrando,
por la oscura calleja
el halcón y su presa desgraciada
alejándose van con paso lento.

CANTO TERCERO

CORRUPCIÓN

I

En la red de la bruja endemoniada
quedó prendida Rosa:
en esa red para el dolor tramada
por la arpía venenosa
que, no pudiendo ya, por despreciable,
prostituir su cuerpo miserable,
vendió á Luzbel su alma depravada,
y se dedica con brutal cinismo
al tráfico asqueroso
de recabar para el horrible abismo,
ya las almas de tímidas doncellas,
ya los encantos de sensuales bellas.

II

Y de Rosa, ¿qué fué? Cierta mañana
oído prestando á los consejos viles

de la infame *señora*,
unida á otras bellezas femeniles,
ser el tipo acabado
de la mujer mundana,
de la provocativa pecadora,
decidió: y su hermosura
expuso en el mercado
de la pasión impura.

III

Sin resto de pudor ni de decoro,
sus labios, encendidos cual las flores
purpúreas del granado,
brindan al mundo impúdicos favores,
criminales amores.
Vendiendo sin recato y con desdoro
por una pieza de oro
su nombre, sus encantos,
su corazón, vacío de ternura,
la paz del alma que turbaron tantos,
su lasciva pasión y su ventura
— posible todavía, aunque dudosa—;
la pecadora Rosa
á sus padres olvida por el vicio;
y el mundo torpe, á su deseo propicio,
deshoja sus postreras ilusiones,
después de hacer honra y virtud girones.

IV

Luciendo su belleza
en bacanal orgía,
cuyo ruido trastorna su cabeza:
avivando su hipócrita alegría
con el vino espumoso,
entre cuyos vapores
quiere ahogar su conciencia, sus dolores,
y el perdido reposo;
su diminuta boca
despliega una diabólica sonrisa
que despierta un infierno de lujuria:
y, con ansia brutal, infame y loca,
al mundo que el festín paga contento,
al deleite provoca.
Y, cual hambrienta furia
que tuviera por única divisa
—pisotea el honor y el sentimiento—,
entre el cieno y el lodo nauseabundo
se revuelca enlazada con el mundo.

V

Ebria, con la embriaguez de la locura,
la mísera criatura
que en un fatal momento
se decidió á seguir del mal la vida

con tenaz ardimiento,
lucha con el amor y cae vencida
una, dos y tres veces;
pero, sedienta aún, vuelve á la lucha
para apurar el goce hasta las heces.
Y esta mujer que á la razón no escucha
y que tiene dormida la conciencia
y muerta el alma: que hace del dinero
un dios y una creencia,
una gloria y un culto verdadero:
esta mujer que cree explotar al mundo
siendo ella la explotada;
no observa que se mueve en el vacío
ni que respira el aire del hastío,
ese aire nauseabundo,
compuesto con los fétidos vapores
que despide la tumba corrompida
donde yace su honra, amortajada
con amarillas flores,
segadas en el campo de la vida
por la materia vil y embrutecida.

VI

Lector: ¿me ruegas que suspenda el canto
porque á tu honrado espíritu dá espanto
la conducta extraviada
de esa mujer lasciva y descocada

que carece de fé y de sentimiento?
Te asiste la razón. Ya que es esposa
de un feroz enemigo
del alma: ya que es sólo un instrumento
de criminal placer: ya que se obstina
en ser de la pasión la bestia odiosa...;
lo mismo que tú digo.
Dejémosla que siga por la senda
á que su condición tal vez la inclina:
dejémosla que venda
por cantidad mezquina
sus caricias infames y sus gracias
seductoras ayer; pero hoy ya lascias.

VII

Mañana, cuando veas,
¡infeliz! tu hermosura convertida
en un recuerdo y desdeñada seas
por ese mundo mismo cuya vida
alegrar quieres hoy: cuando en tu duelo
reclames compasión al alto cielo
y recibas por única respuesta:
—*¡expiación, mujer!*—y cuando el suelo,
burlándose de tí, con imprudente
carcajada recuerde tu pecado;
acaso reconozcas cuán funesta
es la vida que llevas al presente,

y aun olvidar quisieras el pasado;
cuando yazga tu cuerpo demacrado,
de un hospital en el modesto lecho,
recordará tu pecho
que en una humilde casa de la aldea
que la virtud orea,
hay un lecho vacío, abandonado:
el que dejaste tú cierta mañana
para correr tras la pasión mundana.

VIII

¿No me escuchas? ¿Aún engolfada sigues
en el vicio? ¿Aún prosigues
en la senda del mal? ¿Mis argumentos
escarnees, sirena corrompida?
¡Qué lo extraño, en verdad, si envilecida
careces de virtud y sentimientos?

IX

Te desprecio, te odio, te maldigo.
¿Odiarte y maldecirte? No: ¿qué digo?
Te desprecio. Te odiara,
si hubieras sido madre y profanado
la santidad del maternal afecto:
te escupiera á la cara
si hubieras empañado
con el vicio la frente

de un ángel inocente
nacido por efecto
de tu extravío criminal y loco.
Entonces sí: te odiara; y fuera poco
castigo á tu maldad que el mundo entero
te odiara y maldijera, ¡infame!; pero
no llegaste á ser madre: Dios lo quiso
y odiarte y maldecirte no es preciso.
El desdén y el desprecio son bastante
castigo á tu existencia lujuriente.

LA MUSA POPULAR

Alguien la llamó plebeya,
pero noble yo la llamo,
porque tiene el corazón
del pueblo por cuna y tálamo:
y el corazón de ese pueblo
que narra en sencillos cánticos
sus amores y sus penas,
sus dichas y sus quebrantos
en lenguaje dulce, ameno,
expresivo y espontáneo,
es noble, con la nobleza
del verdadero entusiasmo.
Canta el pueblo, como libre
en la selva canta el pájaro,
porque busca en la poesía
de su no aprendido cántico,
alivio para sus penas
y cendal para su llanto:
canta el pueblo como el ave
canta en la copa de un árbol,
por divulgar su alegría

en sus naturales cantos,
por recordar las hazañas
guerreras de Juan soldado,
para perpetuar las glorias
del valiente león hispano,
para llorar sus derrotas
que su esplendor amenguaron.
Y en esos cantos sencillos,
expresivos y espontáneos,
cuya dulce poesía
embarga siempre mi ánimo
con los recuerdos antiguos
de los siglos que pasaron,
veo la historia del pueblo,
veo su carácter franco,
veo sus firmes creencias
y veo su espíritu honrado.
Por esto son á mis ojos
tan hermosos estos cantos
populares, tan poéticos,
tan sinceros y tan gratos.
Y es que el pueblo es un poeta
que vive siempre cantando
con ingenuidad de niño
sus dichas y sus quebrantos,
su religión y su patria,
su libertad y su encanto.
Las canciones populares

de fácil lenguaje y grato,
son las estrofas aisladas
que forman el poema patrio.
Son para mí esos cantares
ricos joyeles que guardo
con avaricia, pues creo
que está en ellos retratado
el espíritu libérrimo
de un gran pueblo, fuerte y sano.
¡Ah! ¡Desgraciado de aquel
que haya olvidado sus cantos
populares! Tal país
va á la ruina caminando.

LA BELLEZA DEL ALMA

I

Pendiente de una cuerda el guitarrillo
y guiado por joven lazarillo,
el pobre anciano, ciego y achacoso,
el mísero lugar cruza afanoso.
A la puerta de todos los hogares
se detiene y, al son de su guitarra,
improvisa cantares,
la belleza alabando de la moza
que habita la casucha
de enjalbegados muros, cuya puerta
festonea y alegre hermosa parra,
cuya dulce uva el paladar despierta.
Al pobre ciego escucha
alegre la muchacha que solloza,
al oír pedir al viejo á San Antonio
un rico y joven novio: y de soslayo
mira á Juan, su vecino y su tocayo,
que palabra la dió de matrimonio.
Suspende el ciego el canto
y pide una limosna: la muchacha,

alegre y vivaracha,
una moneda busca en su bolsillo,
y del pobre, con juvenil encanto,
la coloca en el misero platillo.

II

Rodeado de chicos de la escuela
y tocando su afónica vihuela,
siguió el ciego cantando:
y en todos los hogares
lograron sus cantares
la limosna pedida ir aumentando.
Llegó al de una mujer limpia y honrada,
pero más fea que blasfemia horrible,
y de genio irascible,
razón por la que el pueblo la conoce
por el apodo de «la tía Bragada».
(Era tía con sobrinos y casada,
como el lugar decía á *solto voce*).
Y al entonar el ciego
la copla que transcribo,
«la Bragada» el estribo
perdió de su sosiego:

—¡Qué feliz es el marido,
cuando tiene por esposa
á una mujer que es un ángel,
un lucero y una rosa!—

Increpó la mujer al ciego: Pillo,
granuja, mala lengua,
desvergozado, etcétera, llamóle:
y hasta con grave mengua
de su piedad notoria, un tabardillo
airada deseóle.

Al escuchar el ciego
las lindezas que aquélla propinóle,
averiguó el porqué y le supo luego.
Pero, dándose traza
para salir con bien de aquel apuro,
con acento seguro
dijo:—Señora, tenga más cachaza:
dije que érais hermosa
y dije una verdad. Oid una cosa:
Del cuerpo la hermosura poco vale;
mas, la del alma ¿hay otra que la iguale?

EL MILAGRO DE LA VIRGEN

LEYENDA

Dentro el sagrado recinto
que en el alma paz derrama,
alumbrado por la llama
de lámpara colosal
que pende del fuerte muro,
al pie del altar sagrado,
hay un ser arrodillado
sobre cómodo sitial.

Nadie á su lado se advierte,
y en el místico sagrario
la lámpara del santuario
opaca vierte su luz
que débilmente ilumina
de María una escultura,
llorando su desventura
sentada al pie de la cruz.

Las columnas que sostienen
la bóveda del palacio

del Señor en el espacio,
de la lámpara al brillar,
se agigantan y parecen
sus sombras espectros vanos
que pretenden con sus manos
el hondo abismo tocar.

Es una mujer: su rostro,
de angelical hermosura,
expresa cuánta amargura
encierra su corazón.
Y sus penas y dolores
á la Virgen sacrosanta
la cuenta con piedad santa
en fervorosa oración.

Sus ojos negros, tan negros
como el pesar que la embarga,
nubla una lágrima amarga,
expresión de su dolor,
porque muriendo está el hijo
que cuidó con dulce anhelo:
el hijo que es su consuelo,
su única dicha, su amor.

Joven, casi niño, víctima
de una enfermedad traidora,
sufriendo espera la hora

de este suelo abandonar;
porque la ciencia, impotente
para aliviar su quebranto,
ha visto ya con espanto
que es inútil el luchar.

Por eso llora afligida
y reza la infeliz madre:
que, aunque á la ciencia no cuadre,
busca remedio en la fé
á la enfermedad traidora
que mina de aquél la vida;
por eso tan afligida
ante el altar se la vé.

Y su plegaria á la Virgen
eleva con amargura,
pero con esa fé pura,
con ese amor maternal
y con esa confianza
tan ciega, que llega al cielo
y el bálsamo del consuelo
recaba para su mal.

— «¡Salva al hijo que es mi encanto,
Señora, y toma mi vida!—
dice la madre afligida,
inundada de dolor.
— ¡Sálvale tú que te sientas

á la diestra de Dios padre:
sálvale tú, reina y madre,
refugio del pecador!

»Tú que sabes, madre mía,
cuán inmensa es la amargura,
cuán grande es la desventura
de ver á un hijo morir,
escucha el ferviente ruego
de una madre y su quebranto:
enjuga mi amargo llanto
haciendo á mi hijo vivir.

»Yo te ofrezco mi belleza,
mi bienestar y mi calma;
mas salva al hijo del alma,
devuélvele la salud.
Te lo pide con fé pura,
llorosa una madre y triste,
por el dolor que sentiste
al ver al Tuyo en la Cruz.»

Y fijos los negros ojos
en la imagen de María,
—¡Sálvamele!—repetía
la infeliz con tierno afán.
Y á medida que su ruego
y su pena va contando,
de la Virgen animando
el dulce rostro se va.

Y una voz imperceptible
y como un suspiro suave,
la dice: —«Tu fé es la llave
que mis tesoros abrió.
Vete tranquila: tu hijo
está salvo: oí tu ruego:
soy madre: y á otra no niego
lo que con tal fé pidió.»

Alzó la triste señora
hacia la Virgen sus ojos
y de la Virgen los rojos
labios entreabiertos vió.

.....

.....

Y llorando de alegría
por merced tan señalada,
pasar la vida entregada
á su servicio ofreció.

OBRA MALDITA

Dí al pobre que no tiene pan siquiera
que llevarse á la boca,
que Dios no existe, que la fé es un mito
y que es la religión utopía loca.

Arranca de su mente estas creencias,
no le dejes rezar...
y volverás la vista horrorizado,
tu obra maldecida al contemplar.

Verásle armado al punto de acerado
y brillante puñal:
le verás al momento convertido
en feroz criminal.

No existirá para él ni honor, ni honra,
vergüenza, ni pudor:
no existirán para él dulces afectos:
no sabrá qué es amor.

Y cuando al fin de su carrera odiosa
en una cárcel dé,
maldecirá hasta de aquellos mismos
que le dieron el ser.

EL LENGUAJE DEL ALMA (7)

A DON DOMINGO FERNÁNDEZ

De un instrumento dulce y armonioso
las cuerdas oí vibrar:
y, al llegar hasta mí tan melodioso,
tan delicado acorde y sonoro,
me detuve á escuchar.

La música era extraña: parecía
que la segura mano
del artista, ignorada melodía,
libre, sin plan alguno, pretendía
arrancar al piano.

Era lento el compás: leve el sonido:
tierno como un arrullo,
el apacible ritmo que á mi oído
llegaba como tímido gemido
ó amoroso murmullo.

Luego en cadencia grata, apasionada,
creyó mi alma encontrar,

la vehemencia del alma enamorada
que á su querido amor la fè jurada
recuerda sin cesar.

Notas ya melancólicas, ya graves,
agudas, delicadas,
remedaron de amor suspiros suaves
ó el canto alegre de parleras aves
en las ramas posadas.

Y en vigoroso acorde el belicoso
clarín del regimiento:
de la guerra el estrépito espantoso,
del herido el *jay!* triste y angustioso,
el doliente lamento.

Todo un cuadro sublime en un segundo
el artista trazó:
cuanto de malo hay en este mundo;
cuanto hay de bueno y el amor profundo;
llanto y risa imitó.

Lentamente cesó la melodía.

Yo, al marcharme, pensé:
—¿Cuál el nombre será de esta harmonía
que á las almas suspende y extasía?
¿Cómo la llamaré?

¡El lenguaje del alma! Ese es su nombre,
llamarse así debía

el sublime arte que subyuga al hombre,
porque ¿qué espíritu habrá que no se asombre
escuchando tan dulce melodía?



—Hoy vuelve á herir mi oído
una música triste
que puede compendiarse en un gemido
lúgubre.—Es porque el genio se ha dormido:
el artista no existe.

—Luego...—Voló su espíritu hacia el cielo:
dejó aquí la materia.
No llores, porque aún vive; y el consuelo
como él, busca en la música á tu duelo,
á tu llanto y miseria.

EL MAESTRO (8)

Segundo padre de la tierna infancia,
constante vela con afán por ella:
nadie en genio le iguala ni en dulzura;
es el ángel

que, con la antorcha del saber luciente,
va difundiendo alegre entre los niños
de la Fé sacrosanta y de la Ciencia
la luz hermosa.

En su sencillo escudo brilla el timbre
con que la sociedad quiso egoísta
premiar tantos afanes y desvelos:
es la POBREZA.

Y un lema breve sí, pero expresivo,
con lágrimas escribe bajo el timbre
que el infeliz ostenta dignamente:
MÁRTIR Y HONRADO.

A la pequeña sociedad rigiendo,
pues de ella es rey, de la inocencia el aire
en la escuela respira y sólo ordena
que se amen todos.

Contento vive, aunque la vida pasa
de sinsabores mil y mil cercado,
pues ¿dó amistad más pura que entre niños
hallar podría?

De la escasez sujeto al banco mísero,
la amarga copa del desdén apura;
mas él no busca ni oropel ni fausto
ni gloria vana.

Y, aunque la sociedad, sin su concurso,
envilecida por doquier vagara,
ninguno cuida de atender cual debe
à su maestro.

Él, mártir del dolor, ufano sigue
por la erizada senda de la vida,
haciendo bien al que mañana, acaso
llegue á olvidarle.

CANTARES

Son mis cantares reflejo
de lo que siente mi alma:
en ellos canto mis goces,
mis penas y mis desgracias.

Yo no tengo corazón,
que á una mujer se lo he dado:
y me doy por satisfecho
si le tiene bien guardado.

Toda una noche á tu reja
cantando coplas pasé;
pero fué *sermón perdido*,
porque nada adelanté.

No sabe lo que es amar
quien no haya tenido celos,
ni haya podido olvidar.

Me dijo, pegando
su boca á mi oído,
que me amaba, y al día siguiente
me enseñaba lo que era el olvido.

Sentado sobre una roca
decía de esta manera:
—¿Cuál de los dos es más duro,
tu corazón ó esta piedra?

¿Quieres decirme, morena,
cuál es lo mejor de tí?
Que yo, aunque lo pienso mucho,
no te lo puedo decir.

Corazón, no por más tiempo
permitas que sangre lllore:
ó rompete en mil pedazos,
ó dejame que la adore.

La dí mi cariño,
la llamaba «madre»
y la ingrata se fué con otro hombre
allende los mares.

La locura y el amor
van cogidos de la mano;
por eso tantas locuras
hacen los enamorados.

No te apenes, corazón,
porque te olvide una ingrata:
cuando á un pobre no le dan
en una puerta, á otra llama.



NOTAS ADICIONALES

Cuando escribimos estas poesías, no abrigábamos la esperanza de que vieran algún día la luz pública; y, al decidirnos hoy á publicarlas, á pesar de las incorrecciones que puedan tener, como toda obra de una imaginación de adolescente, y de la rudeza propia del grito espontáneo que brota de un corazón no experimentado, aunque por la desgracia constantemente combatido, debemos hacer constar las razones que á ello nos han impulsado.

Las publicamos coleccionadas, á pesar de todo esto, porque creemos firmemente que ningún escritor, por notable que haya sido, hizo acabadas sus primeras composiciones.

Hubiéramos podido escoger entre las nuestras, las mejores, y publicar sólo éstas; pero tal determinación nos pareció un alarde de inmodestia, pues suponemos que el público debe conocer al escritor desde sus primeros pasos, desde que empezó á cultivar el campo literario, si de él y de su labor ha de formar un concepto justo y exacto.

Hicimos constar en la introducción á esta obra el lapso de tiempo en que habían sido escritas estas composiciones, no para darnos una importancia mayor ó menor (siempre hemos lucido el defecto de la inmodestia) y mucho menos para reclamar favor é indulgencia. Si tal hicimos, fué únicamente para llamar la atención del lector y de la crítica que, cuanto más justa é imparcial, es más digna de encomio.

No sabemos si habremos hecho bien ó mal en presentarnos hoy ante el público, escudados en la sinceridad, con la labor literaria de nuestros primeros años. Él se encargará de decirnoslo.

Finalmente, declaramos que, aunque amantes siempre de las obras de los maestros, cuyos pasos hemos procurado seguir, tal vez sin fruto, las composiciones que aquí figuran son originales, aun cuando alguna pudiera tener sabor ajeno (lo cual ignoramos).

Si así fuera, no la publicaríamos, por más que tuviéramos la absoluta certeza de su originalidad.

Y, esto dicho, empezaremos á anotar las composiciones que más lo necesitan para su aclaración.

(1) PÁGINA 26

Esta poesía apenas si necesita aclaración: hicimos la llamada, sin embargo, para poder rendir de nuevo el tributo más sincero de nuestro cariño al que, en nuestros primeros años, se dedicó con loable empeño á despertar nuestra inteligencia, encauzar nuestro pensamiento y dirigir nuestro corazón hacia el bien.

(2) PÁGINA 56

«¿Dónde estás, paloma mía,
que solitario me dejas
vagar por aquí en las dulces
mañanas de primavera?»

Estos cuatro versos están tomados de la poesía *La ausencia*, composición que figura con el número 14 en *El libro de los cantares* de D. Antonio Trueba.

(3) PÁGINA 85

Este romance fué publicado en el número extraordinario que *El Defensor* de Segovia publicó el 27 de Junio de este año, con destino á la *Kermesse* que en beneficio de los pobres de la localidad organizó el excelentísimo Ayuntamiento. Con dicho motivo fué escrito.

(4) PÁGINA 93

El puente, á que en esta composición se alude, construído sobre el Voltoya y en el término municipal de la villa de Coca, de esta provincia, por la Compañía de Ferrocarriles del Norte, es de hierro, y muy esbelto y elegante. Mide 165'85 metros de longitud, por 35'85 metros de altura, en su parte central. Es, por lo tanto, mayor que el Viaducto madrileño, pues, según datos que tenemos á la vista, el Viaducto de la calle de Segovia sólo tiene 130 metros de largo, por 23 de alto.

(5) PÁGINA 105

De un poema, que empezamos á escribir con más entusiasmo que aptitudes y que suspendimos, entre otras razones, por juzgar esta empresa superior á nuestras fuerzas, entresacamos los fragmentos publicados. Diremos ahora cuatro palabras sobre los monumentos que más ha ensalzado la musa popular segoviana.

Aún está por averiguar quién fuera el fundador de esta antigua ciudad castellana: todos los historiadores están conformes en declarar su remota

antigüedad. El erudito D. Andrés Gómez de Somorrostro, en el prólogo de su obra *Antigüedades de Segovia*, escribe: «Su nombre está manifestando su remoto origen: porque ni es púnico, ni griego, ni romano; sino español y propio de la lengua primitiva.» Y á modo de nota, dice al pie: «Los celtas se establecieron desde muy antiguo en nuestro país, y en otros de España; y así como son nombres célticos *Segobriga*, *Segoncia* y *Segisama*, puede ser céltico el nombre de Segovia.»

Mucho se ha escrito y disputado sobre el grandioso Acueducto segoviano: historiadores antiguos y modernos han procurado inquirir el glorioso nombre del arquitecto que le ideó, y el del príncipe que ordenara su construcción, así como también la época exacta en que se irguiera majestuoso para asombro de las gentes y utilidad de nuestra patria. Pero ni unos ni otros han sido lo bastante afortunados en sus investigaciones.

Únicamente podremos asegurar que su construcción es romana; y conjeturar, con un juicioso historiador contemporáneo, que debió alzarse tan monumental obra durante el gobierno imperial y

no el consular, pues «parece obra anterior á Trajano, aunque posterior á Augusto, ó de su tiempo; bien que no es fácil, y si muy expuesto á equivocaciones, el asignar la época verdadera de su construcción.»

Gustosos nos detendríamos hablando sobre este importante asunto, si no fuera porque la índole de este libro y el temor de hacer interminables estas notas, nos lo impiden.

«Amplia y bella en su orden gótico» llamó á nuestra catedral un arquitecto italiano.

Tan esbelto y elegante templo, último de este orden arquitectónico en España construido, empezó á edificarse en Junio de 1525, concluyéndose en 1558.

El Alcázar, fortaleza cuya parte decorativa en el interior era de bastante mérito, fué destruido por voraz incendio el 6 de Marzo de 1862. Empezada su restauración, háse vuelto á edificar conforme al modelo antiguo cuyo exterior en nada se diferencia del primitivo: la falta de recursos han paralizado las obras del interior del edificio que, en la actualidad, está dedicado á Archivo general militar.

(6) PÁGINA 116

Posible es que sea duramente censurado este poemita por la indole del asunto que en él se trata. Ciertamente es bastante escabroso; pero á esos timoratos que suelen asustarse de una pulga y no de un elefante y que serán los únicos que censuren nuestro atrevimiento, les diremos que el fustigar con el látigo de la moral la carne embrutecida, como hacemos en el presente caso, no puede ser jamás reprochable.

Estamos en la creencia de que este libro puede ser leído por toda clase de personas, aun por las más inocentes, sin desdoro de la moral.

Más punible sería el correr un velo sobre tanta podredumbre, porque siempre hemos creído que el peligro que se conoce, puede evitarse, lo cual es imposible hacer con el desconocido.

(7) PÁGINA 156

Cuando tuvimos el placer de conocer y honrarnos con la amistad del perfecto caballero y querido amigo, Sr. Fernández, determinamos ofrecerle, en testimonio del cariño que nuestra alma le profe-

saba, la primera parte de esta composición, escrita años atrás.

¡Cuán ajenos estábamos de que no llegaría á verla publicada en este volumen!

Bajo la dolorosa impresión que nos produjo la noticia de su muerte, ocurrida el 3 de Agosto próximo pasado, escribimos las dos estrofas que al final de la poesía figuran, y que á su memoria dedicamos.

Sea ella el tributo de admiración que rendimos á la memoria del inspirado compositor y consumado pianista, cuyo nombre no se borrará jamás de la nuestra.

(8) PÁGINA 159

Esta composición la escribí siendo muy joven y pensando en uno de mis maestros, que hubo de abandonar la carrera y dedicarse á trabajos puramente manuales, para poder atender á su existencia y á la de su familia.

De entonces acá, si bien muy poco, se ha mejorado algo la desesperada situación de tan benemérita clase.

¿Cuándo llegará el día en que la palabra *maestro* deje de ser sinónima de la de *mártir*?

ÍNDICE

Páginas

DEDICATORIA	
AL LECTOR.....	
¿Quién soy yo?.....	11
El verdadero amigo.....	15
El trabajo.....	16
El amor	17
La azucena.....	19
Sin alma.....	21
¡Vade retro!.....	22
La ausencia.....	23
Primavera	24
Cosas de antaño.....	25
Antes y ahora	30
Rima.....	32
Romance	34
¡Vade in pacem!.....	35
La felicidad.....	36
Íntima.....	37
Improvisación.....	38
El desterrado.....	39
El rey.....	40
Semblanza	41
¡Bendito sea!.....	43

Balada.....	44
Vespertina.....	45
En una postal.....	46
Sin esperanza.....	47
La fortuna.....	48
¿En qué consiste?.....	49
La hoja.....	50
Tristeza.....	51
Canta y no llores.....	52
¿Dónde estás?.....	56
La soledad.....	57
Ama.....	58
La Caridad.....	59
Juan, el inclusero.....	60
La última lágrima.....	68
¡Dichoso tú!.....	70
A un crítico ignorante.....	72
¡Soy inocente!.....	74
Recuerdo.....	76
Fé y amor.....	78
¡Fantasía!.....	79
A la memoria de D. Gaspar Núñez de Arce..	81
Meditación.....	82
Antítesis.....	83
La fiesta de San Juan.....	84
Vivir bien, que Dios es Dios.....	91
Tú y yo.....	92

	<u>Páginas</u>
Paisaje	93
Seguidilla	94
El anochecer	95
Décima	97
Mirando al mar.....	98
Semblanza	99
¿Te acuerdas?.....	100
Rápidas	101
A la muerte de Luis XVI.....	102
Latido	103
Cosas de mi tierra.....	105
El trovador	111
La mundana (Poema).....	116
La musa popular.....	144
La belleza del alma.....	147
El milagro de la Virgen.....	150
Obra maldita.....	155
El lenguaje del alma.....	156
El maestro.....	159
Cantares.....	161
NOTAS ADICIONALES.....	163

ERRATAS

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>DICE</u>	<u>LÉASE</u>
Prólogo	3. ^o	ésta sólo precedida	ésta precedida
Idem.	5. ^o	cuyo nombre	cuyo sólo nombre
25	6. ^o	ésta	éste
51	18	are	aire
88	16	llenan hermosos	llenan de hermosos

BANKS

Date	Particulars	Debit	Credit
1880	To Balance	100	100
1881	By Cash	50	50
1882	To Cash	25	25
1883	By Cash	75	75
1884	To Cash	100	100

